

Alejandrina Maria da Costa
Cooperadora salesiana, Beata
1904-1955



**SENTIMIENTOS
DEL ALMA
1942**

Traducción: Yolanda Cazas

SENTIMIENTOS DEL ALMA

1942

UNA CARTA A JESÚS

Con esta carta del 19 de febrero de 1942 comienzan los Sentimientos del Alma. Es un documento vibrante, literariamente excelente, escrito en la secuencia de la reciente despedida del Padre Pinho y sin duda, recogido por el Padre Humberto en 1944. Es un grito que se levanta en medio de la tempestad. Pero la nobleza, el toque de excelencia de los sentimientos allí expresados, explica la confianza ilimitada en Jesús, y también explica la determinación de Alejandrina, que sigue siendo la misma de siempre.

Balasar, 19 de febrero de 1942.

Mi buen Jesús

Siento a mi corazón recortado en pedazos por el dolor. ¿Tienes todavía más golpes para herirme? Hágase tu Voluntad. Clavada en la cruz junto contigo, escurriendo sangre y en la mayor ago-

nía, me veo y me siento abandonada por todos. No puedo vivir en el mundo, tengo miedo.

Jesús, ven de prisa, ven, llévame para el Cielo. Los hombres intentan desviar de mí, arrancarme para siempre aquello que me sirve de alivio, que me puede dar consuelo. Me quitan a mi padre espiritual, prohíben que nos escribamos. Mi Amado, al menos permite que me desahogue contigo. Estoy sola en medio de la tempestad y no me sereno.

Te abro mi pobre corazón, sólo Tú sabes leer lo que está escrito con dolor y sangre, sólo Tú comprendes y evalúas mi sufrimiento. El mundo lo desconoce, los hombre nada comprenden. Déjame decirte lo mismo que le dijiste al Padre Eterno:

“¡Perdónales, Jesús mío, porque no saben lo que hacen!”. Estan ciegos, les falta Tu luz divina: Ilumínalos a todos y dales a todos Tu amor.

Oh Jesús, todos mis presentimientos se han cumplido. ¿Podrán ellos prohibir que te reciba sacramentalmente? Ay de mí, ese sería un golpe que me quitaría la vida, si Tú, con tu divino poder no me lo conservas.

Digan lo que digan, hagan lo que hagan, lo que nunca conseguirán es quitarme esa unión íntima contigo.

Si me roban a Jesús Sacramentado y no dudo que lo hagan, quitan de mi corazón el tesoro ri-

quísimo que yo adoro, que yo amo por encima de todas las cosas, me quitan al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Nunca, nunca podrán los hombres conseguirlo: tendría para eso hacerme vivir sin corazón y sin alma.

¡Imposible! Venga la fuerza del mundo entero contra mí: nunca podrán separarme de esta grandeza infinita, de este amor infinito, ¡Nunca! Sólo el pecado, sólo eso me puede separar.

Pero yo confío plenamente en Ti, y de Ti, mi Jesús, es que todo espero, aunque el sentir de mi alma me lleve casi a persuadirme de que me engañó a mi misma: siento que no os amo, siento que nada puedo esperar de Ti, por ser tan grande mi miseria.

¡Qué confusión la mía! ¡Qué grande es mi desfallecimiento!

Levántame, mi Jesús, ayúdame, así clavada en la cruz, ayúdame a subir todo el camino doloroso del calvario. En cada escalón que paso quiero dejar escrito con la sangre que corre de mis heridas:

¡Es por Jesús por quien sufro, es para darle almas que yo camino!

Jesús, Jesús, no veo el Cielo, se retiró de mí todo aquel azul del firmamento, lo perdí, me robaron todo lo que era vida. Sólo siento dolor, sólo siento y veo a la muerte. No tengo a quien recurrir: sólo puedo llamarte a Ti y a la Madrecita.

¡Pobre de mí! ¡Cuántas veces con mi dolor no me atrevo a mirarte!

¡Óyeme siempre, aunque no te llame, dile a la Madrecita que me ampare, dame toda la fuerza del Cielo!

Todos los ruidos que oigo me recuerdan a mi Padrecito espiritual. ¿Será que él me ve? ¡Que vida de ilusión!

Cada pensamiento que me viene con la idea de este tan duro penar, son saetas que se clavan en mi corazón, son azotes que me despedazan el cuerpo y el alma. ¿Qué mal hice? ¿Qué crimen cometí?

Oh mi Jesús, si no fuese por tu amor, si no fuese por el deseo ardiente de darte almas, me rehusaba a todo. Quiero amarte mucho, nunca ofenderte para ganarme el Cielo, pero no quería la crucifixión, no quería oír en la tierra tu dulce voz, no quería ver tu Divina Imagen, ni dolorosa ni gloriosa: tendría una eternidad para contemplarte y para oírte hablar.

Perdona mis desahogos, Jesús, bien sabes que sólo contigo puedo desahogarme.

Ya que me escogiste para el dolor, ya que me destinaste para tan grandes martirios, soy tu víctima, soy tu esclava, Jesús, haz de mí lo que quieras.

Dame tu bendición, Amado mío. Dile a la Madrecita que me bendiga y me proteja. Soy tu más indigna hijita, pobre

Alejandrina

Los sentimientos del alma son diferentes a las cartas, lo mismo las que dirigía al Padre Pinho. Pero dentro de los Sentimientos del alma, tenemos los que dictó antes de 1942 hasta la llegada del Padre Humberto. y sobre todo a partir de que llegó este querido salesiano es que adquieren la forma definitiva, ya conocida en la Página Mensual.

Por eso, el texto de hoy es parecido al del mes anterior, y es casi una carta a Jesús. Pues aquí tenemos sobre todo la pasión y la postración que la aniquila, la partida del Padre Pinho es evocada al final.

SENTIMIENTOS DEL ALMA

20 de Febrero de 1942

Jesús, vengo a tu encuentro. ¿Dónde estás? ¿Qué no podré encontrarte? Escucha al menos mis penas. Si tu me faltas, a nadie tengo. Me viste en la mañana de hoy, clavada en la cruz contigo y en tan grande agonía, con los ojos levantados hacia el cielo, que sentía y veía desaparecer la más pequeña esperanza de volver a verlo y poder entrar en él. ¡Qué grande tristeza la mía, al ver todo perdido sin remedio! Una vez que descendí de la cruz, empecé a subir el calvario. ¡Iba tan débil, tan desfallecida! Caminaba con el rostro casi en tierra, caía y me hería dolorosamente: quedaba llena de sangre. ¡Qué miedo, que pavor el recordar que en poco tiempo iba a ser crucificada, sin ningún auxilio en la tierra! Me valió tu divino amor: Vienes a mi encuentro.

— “Hija mía, te faltan las fuerzas humanas, ten valor, nunca te faltarán las fuerzas divinas.

El calvario es el camino de mis elegidos, el calvario es el camino de mis esposas, el calvario es el camino de mis crucificadas. Es por el calvario

por el que doy perdón a los pecadores, es por el calvario que doy amor a los corazones.

¡Ánimo, ánimo, mi loquita! ¡Tu Jesús, tu Madrecita, y tu Padrecito te acompañan, te auxilian con una unión íntima!”

— Gracias, mi Jesús.

Animada con tus dulces palabras es que fui hacia el Huerto. Nunca te encontré, pero tu fuerza divina venció en mí. Sentí en el principio el descaro con que los soldados se presentarían en el Huerto para aprisionarme. Sentí que al frente iba Judas con todo el veneno en sus labios. Sentí en mi cuerpo los puntapiés que un poco más tarde me iban a dar, cuando me arrastrasen con las cuerdas. Retuve en mi corazón vuestros sentimientos, cuando tenías en vuestra frente todos los pecados y los crímenes del mundo.

¡Oh, si con todos estos sufrimientos se salvaran todas las almas! Pero, ¡cuántos se pierden, no aprovechan mis sufrimientos! Oh Jesús, sentí mi cuerpo bañado en sangre, quedando mis vestidos pegados a mi cuerpo y a la tierra. Pero más, mucho más sufrió vuestro cuerpo delicado y divino. En la flagelación y en la coronación de espinas, velaste siempre por mí. Al abrigo y al amparo de un amor santo y puro, sentí llenarse mi alma de una suavidad y de una paz en la que descansé por algún tiempo.

Después veo a la Madrecita tomarme en su regazo y apretándome entre sus brazos, me acari-

ció. A pesar de esto, tuve que llamar muchas veces, a Vos y a Ella. Asustada con tristeza por el abandono, desfallecida a más no poder, no tenía fuerzas para caminar. En vano invocaba al Cielo. El abandono era total, tenía que ser sola como yo agonizara en la cruz. En esa dolorosa agonía, una lanza se clavó en mi corazón, tenía que sentir todo aquel dolor antes de expirar. ¡Oh Jesús, pobre de mí, pobre de la Humanidad, que no reconoce cuanto sufriste!

Terminada la crucifixión, continué viviendo aparentemente sola. Recordaba como me retiraron a mi Padrecito Espiritual.

Pero he aquí una prueba de vuestro infinito amor. Hiciste que el Señor Doctor no sólo cuidase de suavizar los dolores de mi cuerpo, sino también que suavizase el dolor acucioso y profundo de mi alma. Tú que todo lo conoces, te serviste de esto para preparar mi corazón para recibir el último golpe.

Gracias Jesús mío, no te puedo decir nada más. Déjame repetir contigo: mi alma está triste hasta la muerte. Perdí la luz, perdí todo.

Amor mío, me acojo a tu bendición y a tu perdón.

27 de Febrero de 1942

Jesús, dame tus fuerzas divinas, quiero mi dolor y sin ellas nunca lo conseguiré. Que llore mi corazón noche y día, si así lo quieres, pero que se

alegren mis ojos, que sonrían mis labios. Que vuestro santo amor y las almas sean la base de mi sufrimiento.

Estoy como la palomita que bate sus alas día y noche, pues no tiene donde posar. Ampárala con tu poder. Le faltan las fuerzas, no puede continuar su vuelo, cae por tierra, no tiene quien se compadezca de ella si tu le faltas.

Jesús, soy yo la que vuelo por los aires, soy yo la que soy destruida por la tempestad, soy yo la más indigna de vuestras hijitas y estoy sin luz y sin amparo.

¡Oh Jesús, no sabía que aún tenía tanto para darte! ¡Qué grande es mi ignorancia! Pensaba que ya te había dado todo, me engañé: vienes ahora a hacer la última colecta. Coge todo, recógelo deprisa y después recógeme a mí, para Vos.

El día 20, definitivamente te di cuanto me habías querido dar, hasta a mi Padrecito Espiritual. El día 24 te di toda la correspondencia que tenía, que me había servido de luz y me había encaminado hacia ti. Tú viste cuan grande fue mi sacrificio, no porque tuviera un gran apego a las cartas, sino porque me fueron pedidas en días de tanto dolor. Cuando las tomé entre mis manos y las uní con una cinta blanca, ¿Oíste, mi amor, lo que iba diciendo? Jesús me lo dio, Jesús me lo quitó.

Al entregarlas, al ya no poder posar mis ojos en ellas, sentía como todo mi cuerpo se estremecía.

Pero queriendo hacerme la fuerte, murmuré siempre: ¿Acaso no es mi Jesús digno de mucho más? Todo es poco para Él, que tanto me ama y todo lo dio por mí, todo es poco para salvar a las almas.

Después de que esto pasó, mandé que quitasen el retrato de la pared. Esto, mi Jesús, poco o nada puede tener en mi haber, yo no tenía por él la más pequeña estima, de buena fe lo mandaría lanzar al fuego. El dolor que me causó fue sólo por ver que hasta con eso me pegaban, que siendo inocente hasta eso servía para hacerme sufrir. ¡Jesús mío, me cuesta tanto servir de instrumento de sufrimiento para los otros! Contempla todo mi sacrificio y lanza hacia mí tus divinas miradas llenas de compasión.

Jesús, está próxima mi crucifixión. Me veo en la cruz, clava contigo, con los ojos levantados hacia el Cielo, que ya no lo veo y grito siempre: ¡Jesús, Jesús, por qué me abandonaste? Estoy sola, me faltan los auxilios del Cielo y de la tierra. Acepto, acepto todo para consolarte, sufro todo para que se cierren las puertas del infierno.

(Después de la crucifixión)

Mi buen Jesús, siempre velas por mí, siempre estas aquí para fortificarme con tu gracia y tus fuerzas divinas. Me animaste diciendo:

— Hija mía, mi locura, es en tu crucifixión en donde está toda la salvación de las almas. Es en

tu duro penar que está mi consuelo. En tu completa inmolación está mi gloria, es en tu calvario en donde está mi completa alegría. ¡Valor, valor! No te falta Jesús junto con tu Madrecita y tu Padrecito. Tienes en ti la gracia divina.

Caminé hacia el Huerto. Nunca se pueden comparar las agonías y las tristezas humanas con las Vuestras. Cuanto sufriste por mi amor. ¿Acaso tendría el valor de negarte alguna cosa? ¡Oh, no, Mi Jesús, no! Dame tu fuerza para que yo no sea capaz de tal ingratitud.

Las tinieblas del Huerto eran aterradoras. Todos los sufrimientos eran pavorosos. Los pecados del mundo eran la prensa durísima que apretaban mi corazón y el tuyo. Era el pecado, sólo el pecado la causa de todos los sufrimientos, era el pecado el que yo sentía que rasgaba mis venas, era el pecado el que me apartaba del Cielo, dejándome en el mayor abandono, obligándome a sudar sangre. Fue el pecado, sólo el pecado el verdugo de toda Vuestra Pasión. Cuanto te debo, mi Jesús, porque sufriste en mí y me asociaste a Ti.

Ya no podía resistir más, cuando llega hasta mí, en secreto, tu voz divina:

— Hija mía, tienes siempre frente a ti el amor de tu Jesús.

¡Amor mío, siento desaparecer día a día, momento a momento, todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma!. Sólo Vos siendo sacrificado en

mí, es así como puedes vencer. Yo ya no vivo, mi Jesús, ya todo en mí es muerte. Fui flagelada, fui coronada de espinas, descansé en vuestro divino Corazón. Con amor lo apretaba a mí: Son mis deseos retenerte para siempre, no separarme nunca de Ti.

Por unos pequeños momentos tuve signos de que dejaste caer sobre mí tu gracia divina y unos pequeños rayos de vuestro Amor calientan mi corazón. Cuando descansé en la Madrecita, Ella unía sus labios santísimos a los míos, demorándose así todo el tiempo de mi descanso.

Estos no son consuelos, Jesús mío, bien sabes que todo esto desaparece par mí, son los auxilios que me das, sin ellos sería imposible mi crucifixión. Fui para el calvario, a cada paso sentía que caía por tierra, sentía que perdía la vida. Estaba clavada en la cruz, como de unas fuentes, así escurría la sangre de las llagas. Los insultos que oía, me golpeaban todo mi cuerpo. El dolor de mi corazón lo hacía sentir con tanta fuerza que parecía levantarse en mi pecho y parecía estar a punto de abrirse. Clama hacia ti, gritaba al Cielo, pero todo era inútil. Sólo tinieblas y abandono, sólo agonía mortal.

Oh Jesús mío, pasó la crucifixión, la noche va transcurriendo y en lo alto del calvario estoy con los brazos abiertos, clavada en la cruz, es la noche más triste y tenebrosa en la que grito siempre: ¡Oh Cielo, Oh Cielo, Oh Cielo que me aban-

donaste! Oh tierra, que me despreciaste y que me odias.

Mi grito se pierde en un mundo de abandono, mi eco se pierde en un mundo que no tiene final. Jesús mío, estoy sola, tiritando de frío y con hambre. Estoy ciega, perdí la luz. Amor mío, ¿esa luz ya no volverá a existir en el mundo? Todo en él son tinieblas, todo en él es ceguera. Mi Jesús, junta este duro penar al dolor que me causa el notar la ausencia de mi Padrecito.

Jesús, Jesús, permite todo, excepto el escándalo, yo no quiero que seas ofendido, mucho menos en aquello que merece respeto. Perdona a todos, perdóname y dame tu bendición, Jesús.

6 de Marzo de 1942

Jesús, se prolonga mi agonía, no tiene fin mi calvario. Las negras tinieblas de la noche no terminan. No veo el camino, no puedo seguir sin voltear hacia atrás, no tengo guía, no tengo vida. Siento mi corazón y mi alma despedazarse en pedacitos. ¿Por amor a quién acepto todo esto? Por Ti, mi Jesús, sólo por Ti y por las almas.

Sírvete de mi tristeza y agonía, sírvete del sacrificio que me lleva al extremo para darle la paz al mundo. Jesús mío, para que tu divino Corazón pueda recibir de mí toda la alegría, consuelo y amor posible, para que sean realizados todos tus deseos, para que las almas se salven.

Si no vivo para salvarlas, si mis sufrimientos no bastan para evitarles el infierno, deprisa, llévame entonces hasta Ti; no se puede vivir así, que al menos lo que me queda de esperanza en mi agonía consuele tu divino Corazón.

Apresúrate, Jesús, a socorrerme, hazme firme en mis propósitos. Dame en mis labios una sonrisa engañadora en la que pueda esconder todo el martirio de mi alma, para que solamente Tú tengas conocimiento de todo mi padecer.

Recorre todo mi cuerpo, mi corazón y mi alma, busca y ve si encuentras algo que te sirva, quiero darte todo, todo. Apartaron de mí a mi Padrecito espiritual y todos los sacrificios que después de eso siguieron, me llevaron a sufrir al máximo. Y ahora, mi Jesús, el saberlo cerca de mí y sin embargo, estoy como avecita triste en días de invierno, muriendo de hambre, sin poder hablarle, sin poder recibir de él alimento y vida para mi alma, es para morir de dolor.

Reine e impere vuestro amor, sólo él puede vencer.

Mi Jesús, te prometí sufrir en silencio, no tener ningún desahogo mientras pudiese caber en mi pecho el dolor de mi triste padecer. Ahora no puedo más, Jesús, estoy abrumada. Me aplastan las humillaciones, los desprecios, los abandonos. Perdí mi vida en la tierra, perdí la vida del Cielo, soy una inútil para Ti.

¡Pobre del alma que sólo siente miedo y pavor!
Triste corazón que está ansioso por poseer la
sangre del mundo entero para enladrillar con
letras de sangre el camino del calvario: amor,
amor, el amor de Jesús!

Y nada tiene y de nada sirve para consolar y para amar.

Mi Jesús, escuché el grito de mi alma, yo sólo quiero amarte y nunca pecar. Soy miseria, soy nada, me siento avergonzada, estoy desfallecida. Pero mi voluntad quiere seguir todos los caminos trazados por Ti.

Mi cuerpo está en la cruz. Siento mi cabeza cercada de espinas, sin poder voltear de un lado a otro, todas me hieren agudamente. Dentro de mi pecho está grabado el calvario, es dolorosísimo todo el sufrimiento que se desprende de él. Pero mis labios sólo quieren balbucear: más, más, mi Jesús, más.

Mi voluntad va como loca a aproximarse a la crucifixión, el cuerpo, la pobre y horripilante naturaleza quiere retirarse, no tiene valor para tanto. La hora se aproxima. Sé, mi Jesús, toda la fuerza que necesita tu hijita, que aparentemente se siente abandonada de todo y de todos.

(Después de la crucifixión)

Jesús, llegó la hora, y también llegó al extremo mi aflicción. Sentía que no podía más. Este aniquilamiento me abre el pecho, y Tú, como siem-

pre, vienes en mi auxilio, me infundes tu fuerza divina.

— Amada mía, mi querida hija, este es el camino, sígueme, es la vía dolorosa, es el camino del calvario. Yo fui quien te escogió, es la salvación de las almas, es mi gloria. Valor, mi amada. ¡Tengo más consuelo y alegría en tu crucifixión que en todos los sufrimientos y amor de las almas del mundo entero! ¡Alégrate, confía! En breve, muy en breve, vas a recibir el premio por todos tus sufrimientos, ¡Ten valor! Tu Padrecito está aquí para auxiliarte, junto con tu Jesús y tu Madrecita querida.

Caminé contigo, mi Jesús, llegué al Huerto, pero estaba tan sola. Recordaba tus divinas palabras, sólo ellas eran mi fuerza. Estando allá nunca te encontré ni te oí hablar. Triste noche y triste abandono. Ondas de crímenes caían sobre mí. Por todo el Huerto estaban marcados los caminos de las almas. Cada camino estaba sellado por vuestra Sangre divina. Sentía tristeza al ver tantas almas que se retiraban de junto a Él y hasta lo despreciaban. Por todos los caminos surgían esas almas con distintos sufrimientos que ofrecían para Ti.

Dulce Jesús, que inmenso dolor para tu divino Corazón al ser maltratado por las almas para quienes tuviste tanto amor. ¡Qué confusión! ¡Qué miedo tan pavoroso que transformaba vuestro Corazón y vuestro Cuerpo en sangre! ¡Pobre de mí! Mi Jesús, ¿Y qué era yo en medio

de ese Huerto? Una pequeña bola, un instrumento inútil manejado por Ti.

Se siguieron los pasos de la Pasión. De aquí en adelante quedé desfallecida. Durante la flagelación, te confieso mi Jesús, que nunca sentí tanto abandono del Cielo y de la tierra. Todo era sólo rabia desenfrenada en mi pobre cuerpo, estaba yo en el auge de mi aflicción, o era aliviada o moría.

Sentí entonces que me llegaba una ayuda de la tierra y vuestra gracia divina descendió sobre mí, descansé en Vos por algún tiempo hasta recibir la vida que necesitaba. Mi alma se transformó, pasó del dolor y la agonía más extremosa hasta la suavidad y la paz.

Fui hacia la coronación de espinas. Me sentí obligada a descansar en la Madrecita, sentí en ese momento y por algunas veces que mi Padrecito espiritual, -aquel que retiraron de junto a mí-, quería darme alivio. La Madrecita me tomó en sus brazos, me cubrió con su manto, me besaba, y también Tú me besabas.

Escuché que le decías:

— Madre mía, es mi hija y es tu hija, es hija de nuestros amores.

Seguí para el calvario, cada paso que daba era un momento menos de vida, la perdía rápidamente. Me faltaba el auxilio del Cielo, no tenía luz que me mostrara el camino. Fue casi agoni-

zante cuando fui clavada en la cruz. Los insultos del calvario sofocaban los gemidos: apenas se oía caer la sangre en el piso. Los gemidos y las lágrimas de la Madrecita los sentía en mi corazón. Caí entonces en extrema agonía y gritaba al Cielo preguntando la causa de tamaño abandono.

Mis gritos no fueron oídos, me parecía que no era escuchada, tenía que morir sola.

Y ahora, mi Jesús, que ya han pasado algunas horas de la noche y no termina mi dolor, no pasa mi agonía, siento que se prolonga mi abandono. Jesús mío, perdóname, siento que no creo en ti. Las palabras que me dijiste no podían ser dirigidas a mí, soy una criatura vil, no puedo consentir que poses tu mirada en mí.

¡Oh Jesús mío, lo que yo soy, lo que yo soy!

Perdóname, bendíceme, Jesús mío, a pesar de todo, deseo amarte.

7 de Marzo 1942

Mi buen Jesús:

Pasé la noche haciéndote compañía, no perdí mi unión contigo. Lloré, porque no podía esconder más mi dolor, fueron para Ti mis lágrimas. Las tinieblas alcanzaban toda la altura, desde la tierra hasta el Cielo, escondieron el azul del firmamento. Y yo, itan abandonada! Perdida en tanta oscuridad, mi dolor era mortal. Aún sin

alborear el día entraste en mi cuarto, bajaste a mi corazón. Pasé unos momentos con el mismo dolor: después resplandeció en mi alma vuestro Sol divino, gocé de vuestra dulce paz y oí vuestra voz divina.

— Amada mía, mi amada, mi amor te consume. En ti sólo hay oro finísimo, mi fuego divino te purifica. ¡Qué riqueza hay en tu corazón! Tengo en él todo el consuelo y todas las delicias. Te diste toda a Mí, todo recibí y guardé.

Vengo al jardín de mi esposa, en él cogí muchas flores, guardé todo su perfume. Es para distribuirlo a las almas: ese perfume es el que las atrae hasta Mí.

Mi querida loquita, dile a tu Padrecito, que lo es y lo será para siempre, no consentí ni consentiré que te lo quiten, que le mando todo mi amor y el de mi Madre bendita.

Basta, basta ya la experiencia de los hombres. El golpe que te fue dado habría sido fatal si Yo no velase por ti, si no te amparase y cubriese con toda la protección divina. Yo lo quiero junto a tu alma con todo su cuidado.

Dile al señor doctor que todo cuanto hace por ti lo hace por Mí y ya que lo hizo lo recibo en ti. La recompensa es eterna, le doy todo mi amor, todo lo recibirá de ti. Todos sus hijitos quedan bajo tu protección, ninguno de ellos se perderá, todos tendrán un lugar de predilección en el Cielo. Lo quiero siempre vigilante junto de la

planta que le confié, no podría vivir sin todo su cuidado. El fin se aproxima rápido, toda la gloria y el triunfo son de Jesús.

Dejé de oírte, mi Amor e inmediatamente empezó a sangrar de dolor mi corazón. Mientras, tu fuerza divina me fortaleció, sufro, pero con más vida. No quiero dudar de tus palabras, espero una resolución firme, espero la transformación completa de los corazones humanos. Sólo el poder de un Dios puede renovar tantos obstáculos.

Espero en Vos, mi Jesús: no me dejes morir de hambre, no dejes que caiga en el desaliento. Déjame todo el amor, toda la confianza, todo el deseo de sufrir por Ti. La bendición, mi Jesús, para la pobre Alejandrina.

13 de Marzo 1942

Jesús, he de vengarme, y vengarme con toda mi fuerza de aquellos que tanto me han hecho sufrir. Mi amor, ¿sabes cómo? Con oraciones más fervorosas, con todos mis sacrificios, para que ellos te conozcan y te amen. Si te amasen como Tú quieres, no procederían así. Perdónales, buen Jesús.

Todo lo que dicen de mí, sin Vos, sin vuestra gracia, creo que sería capaz de muchas cosas más. Si me dejases sola un momento, sería el tiempo suficiente para practicar los mayores crímenes. Yo solo tengo que agradecerles a aquellos que me humillan y me hieren. Me

abren un nuevo camino para que te siga más de cerca, con más perfección y amor.

A todo quiero sonreír y sea siempre lo primero esa sonrisa que es para Ti. Mi pobre corazón está despedazado, no cesan de pisarlo y en la misma llaga continuamente lo hieren. No importa, sólo importa tu amor, eso me basta, quiero poseerlo, aunque para lograrlo sea aplastada por todo y tratada como esclava.

A Vos, mi Jesús, ya me di como esclava y continuamente me sigo dando. Inclino la cabeza para recibir el corte de cuchillo de todo el dolor y el sacrificio.. En lo más íntimo de mi corazón voy diciendo siempre: Hágase, Jesús, hágase como quieras.

Jesús, mueren mis labios de sed y de hambre, muere de sed mi alma. La sed de mi cuerpo eres Tú, que permites que no la pueda saciar; te ofrezco mi sacrificio, acepto todo por amor, para que Tú puedas saciar la sed de todos los corazones. La sed y el hambre de mi alma es causada por los hombres, son ellos los que me dejan morir, no permiten que mi alma se alimente y se sacie en aquella fuente que Tú escogiste.

Oh Jesús, Oh Jesús, compadécete de mí. Mira mi alma, como avecita perdida está por perder la vida debido al desamparo.

¡Ay de mí sin Vos! ¡Qué dolor, qué dolor mi Jesús! ¡Cuántas tinieblas! ¡Qué oscuridad tan espantosa! ¡Qué caminos tan cubiertos de espinas!

Caigo a ciegas sobre las espinas y con ellas lace-ro mi cuerpo, pierdo mi sangre. Es por las al-mas.

Pones enfrente, delante de mis ojos, a mi enor-me cruz. La veo claramente, en ella soy clavada continuamente. Y ahora, Jesús, de momento a momento, va siendo mi agonía más dolorosa. De cuando en cuando suelto un gemido, ya casi sin vida, mis ojos pierden su luz; muero aban-donada, llena de miedo. Se aproxima la crucifi-xión, ampárame, vela por mí, mi Jesús.

Después de la crucifixión

Jesús mío, se aproximan los momentos de ma-yor angustia. Mi Jesús, ¿escuchaste mi voz, amortecida, decirte que me llevaras contigo, que ya no podía más? Perdóname, mi buen Jesús, perdóname, mi Amor. Es verdad que mi desfa-llecimiento era tan grande, que mi cuerpo ya no tenía fuerzas, no era capaz de moverme. Mi vo-luntad quería seguirte, estaba firme y Tú veniste a ampararla, me diste vida, me fortaleciste con tu dulce voz:

— Hija mía, amada mía, dale a Jesús la limosna que pocas veces te será pedida¹.

Sin ella mueren de hambre los pecadores y mi-llares caerían en el infierno. Sin ella, Portugal

¹ Deolinda explica al Padre Humberto: “N.S. da a entender a Alejandrina que está por terminar la crucifixión física”.

no tendría paz y todo el universo no recibiría la paz tan deseada, sin ella no estaría mi divino Amor en muchos corazones, en muchas almas.

¡Valor, tu Padrecito te ampara, te auxilia junto con Jesús y con la Madrecita.

Caminé para el Huerto, cada vez con más tristeza, tinieblas y dolor. Mi Jesús, te sentía como revestido de mí al llamar a las almas. Les dabas la agonía de tu divino Corazón, les mostrabas como estaba herido y herido sólo por amor. ¡Qué ingratitud! Yo sentía como ellas te volvían la espalda, te despreciaban. Pobres almas, no te quieren escuchar, huyen de Ti, van locas hacia la perdición.

Se retiraban las almas para un lado y el Padre Eterno para otro lado, airado contra Ti, dejado en el mayor abandono. Yo casi no podía resistirlo al sentir tu dolor, tu amargura, que hacía estallar las piedras. No podía verte huir hacia la soledad, meterte bajo la tierra aplastado por un universo de pecados. No sé explicar tu dolor, mi Jesús, no tengo palabras que expliquen lo infinito de tu amor.

Me levanté del Huerto para continuar siendo el instrumento en vuestras divinas manos en todos los pasos de la Pasión. Aumenta el abandono de la crucifixión hacia la crucifixión, el desfallecimiento es más, mil veces más. Del Cielo no puedo esperar auxilio, de la tierra todo me quieren quitar. Jesús, Jesús, ¿hacia donde he de voltear?

Sólo con la obediencia, tan mal comprendida, resisto un mar de dolores.

En la flagelación me incliné hacia Vos, fue vuestro divino Corazón mi abrigo, en él recibí la vida que estaba casi perdida. Resguardada por Vos, miraba todos mis sufrimientos, pero en cuanto descansaba, no los temía. Vuestro divino abrigo me daba fuerza, suavizaba mi dolor. Cuando, sin compasión ni piedad golpeaban mi cabeza y le enterraban agudísimas espinas, fui a descansar en la querida Madrecita. Entonces, como la criaturita que corre al regazo de su madre, iba hasta Ella, me lanzaba a su cuello, la abrazaba y era acariciada por Ella.

Miraba para un lado y para otro, de todos lados surgían sufrimientos; sabía que eran para mí; mi corazón sonreía a todo y decía: todo lo recibo por amor.

Jesús mío, estos son alivios pero no son consuelos, bien lo sabes. Tenga vuestro divino Corazón el consuelo que yo pudiera tener. Brillen en las almas, mientras yo sufro en las tinieblas.

Fui para el Calvario, fui para la cruz; el desfallecimiento era de muerte, los insultos caían sobre mí. El cuerpo y el alma estaban llenos de miedo y de pavor. Gritar al Cielo era lo mismo que gritar a la nada. Morir sola, morir en el dolor, entre lágrimas y suspiros, morir para dar vida, morir para que las tinieblas se transformen en luz, esas eran todas mis ansias.

Terminó este martirio, mi Jesús, mi pobre corazón no tuvo momentos de alivio, continuó sangrando, no podía esperar horizontes alegres. Todo cava apresuradamente mi sepultura. Miro para atrás, miro para el frente, no veo a nadie junto a mí, todo es sublevación, todo es desprecio.

Continúa mi vida de ilusiones. ¿Me darán a mi Padrecito espiritual? ¿Vendrá hoy, vendrá mañana? Mi Jesús, yo no cometí ningún crimen, sufro siendo inocente, sufro por vuestro amor, sufro para darte almas. Antes sufrir una vida entera inocente que sufrir un solo momento siendo culpable.

Mi Jesús, me fueron regresadas las cartas de mi Padrecito. ¿Para qué? El sacrificio ya estaba realizado. Fue lo mismo que colocarlas sobre un cadáver que nada siente. Manda la obediencia y yo acepto.

Vuestra bendición y vuestro perdón.

20 de marzo 1942

Jesús, ya no quiero vivir más de ilusiones, quiero vivir sólo de amor y de confianza. Aleja de mí todo lo que es de la tierra, sólo quiero esperar en Vos, quiero ser fuerte, pero no puedo, siento que me consume día a día.

Y siento en mi alma nuevos asaltos que van a caer sobre mí. Todo es sublevación. Veo a un mundo de leones lanzar sobre mí toda su rabia

para devorarme. ¡Qué angustia en mi alma!
¡Qué tristeza tan profunda en mi corazón!

El alma tiembla de miedo con todo mi cuerpo, no puedo vivir así. ¿Será porque el fin se aproxima? Venga él, venga deprisa. El Cielo es mi esperanza. Por todos los caminos recorridos durante mi vida, quiero dejar escrito con mi sangre como es vuestro amor.

Son caminos de lucha, caminos de negras tinieblas, tinieblas como nunca habían sido, abandono tan grande como nunca imaginé pasar. Levanto mis manos al Cielo, hacia el Cielo al que tantas veces fijé mi vista y contemplé con amor, pero no lo veo. Grito con todas mis fuerzas desde el fondo de mi corazón, pero mi grito no sube, me parece que Jesús no me oye. ¡Abandono, completo abandono!...

Jesús, Jesús, compadécete de mí, me parece que te perdí y que perdí a la Madrecita. En la tierra apartaron de mí el amparo, la guía y la luz que me habías dado. Jesús, Jesús, mira a tu loquita perdida, que todo lo sufre y lo acepta por tu amor, para darte almas.

Jesús, Madrecita, yo quiero sufrir todo, pero las fuerzas no me ayudan. Estoy sola, y por eso puedo decir junto contigo: Padre, ¿porqué me abandonaste?

— ¿Quieres parecerte a nosotros? Gracias, mi Jesús. Me someto al peso de vuestra Cruz. Siento que me arrancan el corazón, siento que voy a

morir aplastada, pero quiero balbucear siempre. ¡Cómo es dulce morir por amor! ¡Cómo es dulce cumplir la voluntad del Señor!

Jesús, a medida que se aproxima la crucifixión aumenta el pavor, me siento clavada en la cruz, dando de cuando en cuando un suspiro hasta que sea el último. La agonía aumenta, sin piedad son dados a mi cuerpo malos tratos. Mundo, mundo, que no conoces el dolor ni el amor de Jesús. ¡Sólo con Él se abraza la Cruz, sólo con Él se camina hacia el martirio!.

Llegó la hora de la crucifixión: no podía temer más. Mi cuerpo ya no tiene fuerzas, perdí todo el auxilio del Cielo. Gracias, mi Amor, te presentaste a darme consuelo.

— “Hija mía, escucha: es Jesús que se aproxima, ven a beber a tu fuente, ven a saciar tu hambre con tu limosna. Es con tu crucifixión que el mundo recibe paz. ¡Valor! Tu Padrecito desde lejos te ayuda, como si aquí estuviera. Yo no me alejo de ti, lo acompaño junto con tu Madrecita para ampararte. ¡Valor, valor! ”.

Jesús mío, junto con tus divinas palabras grabadas en mi corazón, yo caminé hacia el Huerto. Nada veía con las tinieblas, nada podía con mi desfallecimiento. Sufría como si nunca te hubiese oído ni encontrado.

¡Qué abandono tan triste! Yo comencé a sentir lanzadas en mi corazón que lo separaban de mi pecho y lo hacían caer en el piso, donde era

aplastado, maltratado. No era mi corazón, era el vuestro, mi Jesús. Qué dolor me causaba verte sufrir así y sentir que te querías cubrir en la tierra, siendo así ese el velo que encubría los pecados de que estabas revestido. ¡Imposible! No puedes huir de la vista del Padre Eterno. Él te veía todo manchado, se indignaba contra Ti. Yo oía tus suspiros, sentía tus lágrimas.

No tenías testimonio de esto, los apóstoles dormían, despreocupados de todo, no veían que sudabas sangre. Sólo cuando te levantaste a llamarlos, hasta entonces ellos vieron empapados tus vestidos. Como si nada ocurriera, continuaban su sueño.

¡Pobre Jesús! ¡Qué lección para mí! En el palacio de Herodes sentí en mis hombros la capa de rey y en la cabeza sentí la corona, sentí en mi corazón tu dolor por tanto que te hacían sufrir. En la flagelación fui a descansar en vuestro Corazón divino. Era grande como el Universo, podía recorrerlo todo, pero no, estaba muy herida, me incliné hacia Ti, descansé hasta que de nuevo regresaron los verdugos.

En la coronación de espinas descansé en los brazos de la Madrecita, sentí que su manto me cubría, que su santísima mano me acariciaba, su cara junto a la mía suavizaba mi dolor. Me sentía cansada, sin alegría. En sus brazos no venían a herirme, pero cuando fui hacia ellos ya iba llena de sangre.

Caminé hacia el calvario, sentía que era imposible llegar a lo alto, huía mi vida, me faltaban las fuerzas. Invoqué a la Madrecita, invoqué su divino nombre, Jesús mío, pidiendo tus fuerzas divinas.

Oí que me decías:

— “He de llenarte con mi divina riqueza, el Cirineo que te acompaña con tanto amor en el camino del Calvario, así como el Cirineo que primero te escogí. Te auxilia de lejos como si estuviera aquí. Es grande la recompensa, serán hablados a través de los siglos, así como aquellos que más de cerca te acompañan en tu dolor y te apoyan”.

Llegué al calvario. Sentía uno a mis pies, donde estaba crucificada y el otro en mi corazón. Todo era oscuridad y abandono total. Por entre el sonido de grandes blasfemias se oían suspiros, caían lágrimas de amargura y de dolor. Grité al Cielo con todo el corazón, pero estaba cerrado, no se abrió para mí. ¡Oh dolor, oh dolor, oh abandono, que es aceptado sólo por amor!

Terminó toda la pasión, sin embargo el dolor tiene que tener sus límites. Sabe que tenía razón en sentir nuevos asaltos en mi alma. Qué pena, mi Jesús, que no se conozca el valor de la obediencia y todo lo que operas en las almas. Mi corazón estalla de dolor. Las humillaciones me tiran por tierra. Seré fuerte sólo contigo, mi Jesús. ¿Qué he de hacer por los que me hacen su-

frir? Acepta Jesús mío, los ascos que siento, que no me permiten saciar la sed de mis labios, para que ellos no tengan asco de Vos, revestido en las almas, para que te amen y conozcan tus verdades. Dales todo, mi Jesús, que yo todo lo doy por ellos.

Perdóname, Jesús. Dame tu bendición, gracia y amor.

27 de marzo 1942

Jesús, oía mis palabras, me parecía que ya están sofocadas con el peso de la muerte. Por una vez más quiero decirte: Soy tuya en el tiempo y lo seré en la eternidad; sólo a Ti me doy y sólo a Ti quiero pertenecer. Es con el alma en agonía y con el corazón lleno de dolor que mis labios más de una vez balbucean estas palabras: sólo por amor.

Las negras tinieblas no me dejan ver, sólo sangre siento que escurre de mi pobre cuerpo. Me siento sola, me robaron mi consuelo, el alivio de mi alma, mi amparo en la tierra. Tengo que luchar abandonada en el combate más difícil. A veces no puedo resistir la nostalgia de ver celebrar en mi cuarto el Santo sacrificio de la Misa. ¡Todo robado, todo perdido!

Mi Jesús, perdona a todos los que causaron esto, para todos pido vuestra compasión y vuestra luz en su ceguera.

En medio de este mar de sufrimiento y en este luchar de negras tinieblas, de noche oscurísima, mi alma goza de la mayor paz. No temo comparecer ante vuestra divina presencia. Por veces, lo recuerdo y me pregunto si será orgullo de mi parte. ¿No lo conoceré, mi Jesús? ¿Estará escondido en mi ignorancia? Me diste la gracia de conocer el abismo de mi miseria, pero al mismo tiempo veo que lo mayor, infinitamente mayor, es el abismo de vuestro amor, de vuestra misericordia y compasión. Confío ciegamente en Vos y en Vos espero.

Oh mi Jesús, es el demonio infernal que intenta inquietarme, arrancar de mi lado la paz de mi conciencia, atarme de alguna forma a las cosas terrenas. Cuando me siento más desprendida del mundo y con las mayores ansias de volar hacia Ti, hacia la Patria celeste que me espera, aparecen en mi imaginación estas cosas que tanto me atormentan: “Tienes mucha prisa en dejar a los tuyos, a los que nunca más volverás a ver, con la muerte todo se acaba, no hay Cielo ni infierno”.

Jesús, Jesús, yo te amo, yo creo en Ti. Tú no engañas a nadie: no dejes que el maldito me confunda. Yo no quería que estas palabras se supiesen, no quiero escandalizar a nadie, no quiero quitar la fe a quienes tienen tan poca y menos hundir en el error a quienes no tienen ninguna fe. Perdóname si no debía de decirlo. Mi buen Jesús, mi dulce Jesús, he llorado con miedo mi

crucifixión. ¡Ay de mí y pobre de mí sin Ti! No me faltes, por quien eres, por tu fuerza divina. Yo no tengo fuerza, mi vida está perdida.

Durante la noche y en la mañana de hoy me animó vuestra divina presencia. Te presentaste ante mí, inclinados los hombros en la cruz, inclinado para tierra, desfallecido y sin vida, rodeado de canalla vil. Al ver así a un Dios, sufriendo por mi amor, no puedo rehusarte mi crucifixión, la acepto por tu amor, acepto por las almas. Te revestiste de mí, vives en mí, nuevo mi cuerpo sin vida. Está próxima la crucifixión, no me faltes, mi Jesús, dame gracia, fuerza y amor.

Después de la crucifixión

Jesús no me faltes con tus fuerzas, para que pueda describir lo mejor posible lo que sufriste en tu santa Pasión y tu protección y amor para esta pobrecita. Es para tu mayor gloria y para el provecho de todas las almas.

Mis ojos parecían casi no ver al aproximarse los momentos de la crucifixión. Me asustaba mi desfallecimiento y el abandono en que me encontraba me llevaba a la sepultura. ¡Qué tormento! No tener vida y tener que luchar contra el mundo. Descendió sobre mí vuestra vida y vuestro amor y oía vuestra dulce y tierna voz:

— “Hija mía, el amor de Jesús, valor, no temas, no temas. El camino del Calvario está por ter-

minar: ven a triturar las últimas espinas. De las heridas hechas por ellas nacen fuentes de salvación. Las almas necesitan de todo. Jesús se consuela con tu crucifixión, encuentra en ti toda la reparación que se puede encontrar en la tierra. ¡Valor! Jesús no te falta junto con su Madre bendita. Tu Padrecito te acompaña en espíritu con mi gracia, te auxilia en unión con nosotros”.

Fui para el Huerto: en medio del abandono, recordaba vuestras dulces palabras que por algún tiempo se conservaron grabadas en mi corazón. Después, con los golpes que sentí, por los malos tratos que me fueron dados por la humanidad, todo desapareció. Y así, sola, en profundo silencio, en la mayor oscuridad, casi en la muerte, procuraba esconderme para siempre, hacer en la tierra mi escondrijo, no oír las amenazas del Padre Eterno.

¡Dios mío, Dios mío! ¡Estoy sola! No corría la menor brisa, ni las hojas de los olivos se mecían a no ser para curvar sus ramos por tierra, en señal de adoración. ¡Oh dolor, oh agonía de Jesús, oh locura de amor de Jesús por las almas! No eran míos estos sufrimientos, eran vuestros, sólo vuestros, mi Jesús.

Seguí los pasos de la Pasión: en ellos además caía sucumbida, abrumada por el dolor. Repetidas veces invoqué el nombre de Jesús y de la Madrecita, pedí vuestras fuerzas, porque todas las mías estaban perdidas.

Gracias, Jesús mío, contigo fui resistiendo. En la flagelación, al ser resguardada en vuestro divino Corazón, veía enfrente a los verdugos preparados con los azotes para castigar más a mi cuerpo. Cubierta con vuestro divino Amor no les temía. En la coronación de espinas, cuando estaba en los brazos de la Madrecita, también veía enredar agudas espinas, preparando un nuevo capote para clavarlo en mi cabeza. Las caricias de la Madrecita me hicieron olvidar lo que ellos me preparaban. ¡Cómo es grande vuestro poder y vuestro amor, Jesús!

Caminé para el calvario sin vida suficiente para lograr llegar hasta el final, no podía caminar, escaseaban mis fuerzas. En la segunda caída, la obediencia me obligó a entrar de nuevo en vuestro divino Corazón, entonces oí que me decías:

— “Hija mía, todas mis gracias y todo mi amor se extienden sobre el Cirineo que te auxilia y sobre todos sus descendientes hasta el fin, y sobre todo sobre tu Padrecito aquí presente a tu lado y sobre todas las almas que más de cerca te tratan y con mi amor te acarician suavizando tu dolor. No se llame a esto amor de la tierra”.

Fui clavada en la cruz. A cada golpe que daban para clavarme, yo caía desfallecida. Todo el calvario se había oscurecido, apenas se oían los suspiros de la Madrecita: eran sofocados por las blasfemias, donde más los sentía era en mi corazón. Me parecía que pronto iba a expirar en

vos y que vos me querías afirmar que yo no moriría sin ver junto a mí a mi Padrecito.

Jesús mío, esta luz que me diste me obliga a confiar más en ti. Es cierto que nunca tuve un abandono comparado con este, nunca fui herida tan cruelmente, pero en lugar de enfriarme en mi fe, en mi confianza, en mi amor por ti, me siento más atraída hacia Ti. Todo me convida a amarte, todo me inspira a pedirte perdón para los que me hacen sufrir. Perdónales, Jesús y dame a mi Padrecito al menos en la hora de mi muerte para abrirle mi alma por última vez. Confío, Jesús, que no faltes a mi pedido y que cumplas a la letra tus promesas.

Perdóname, Jesús, dame tu bendición.

3 de Abril 1942

Viernes Santo, a las 11.30 horas

– “¡No temas, hija mía, ya no serás más crucificada! La crucifixión que tienes es la más dolorosa que se puede imaginar en la historia. Te voy a llevar conmigo al Cielo, vas conmigo directamente con tu Madre querida.

Dile a tu Padrecito: Inmediatamente después de tu muerte voy a dar la paz en señal de que quiero la consagración del mundo a mi Madre Bendita, consagración tantas veces pronunciada por ti, pero antes se han de cumplir mis deseos y mi divina promesa”.

El Sábado de Gloria, después de comulgar, a las 6 de la tarde, le habló así Nuestro Señor:

— “Valor, hija mía, Jesús está contigo y lo estará hasta el fin. ¡Has sido fiel en recibir mis gracias y mi amor! Yo seré fiel en distribuir mi amor con toda abundancia. Amo a tu Padrecito, amo al médico que con tanto amor te acompaña. ¡Valor! ¡Un poco más! Bien poco durará la batalla! Tu Madrecita querida viene a tu encuentro y te acompaña al Paraíso, así como vendrá al encuentro de tu Padrecito y del doctor y los acompañará al Paraíso. Es el premio, es la recompensa que les doy”.

Desde el Viernes Santo empecé a sentirme muerta en el calvario, en medio de las mayores tinieblas y abandono. Caían sobre mí todos los leones. No dieron sepultura a mi cuerpo, venían las aves nocturnas y a pesar de las negras tinieblas, venían a comer mi cuerpo. Quedé siempre en este sufrimiento y ahora siento que esas aves entierran su pico en mis huesos y reducen todo a cenizas.

La cruz donde fui clavada cayó por tierra, pero todavía siento una parte de mi cuerpo presa por los clavos. Ahora esas aves aún tienen mucho que escarbar en mi cuerpo que no tiene vida ninguna de la tierra, apenas mi corazón siente una vida que no es humana, es vida divina; esa vida divina le da sangre y siento a la humanidad entera beber esa vida divina como si fuesen avellanas. Ahora siento que sólo después de que esas

aves nocturnas reducen mis huesos a cenizas es que podré partir.

Y ahora es cuando nunca más me siento en la cruz: es siempre el sufrimiento el que dice todo. Y nunca es menos doloroso.

Siento como los leones se aprovechan más y más de la carne, carne que ya está podrida, asquerosa, y las aves meten sus grandes picos en mis huesos y como si sus picos fueran una broca los perforan. No comprenderían cuanto sufro, ni yo misma lo sé explicar.

Dejarán a mi almita en medio de la montaña a merced de la mayor tempestad, negra, tristísima, árida; así me dejaron en el abandono. ¡Cayeron sobre mí todos los leones! ¡cómo es triste la ingratitud de los hombres!...

El día que vi a mi Padrecito mi alma se sintió confortada, pero después que él se retiró, me sentí como si fuera olvidada por él y de la Santa Misa de que había tenido tanta nostalgia. Ni me lo darán ni me lo prestarán: vino como si hubiera huido.

Todo esto murió conmigo en el calvario, excepto cuando Nuestro Señor me da milagrosamente mi consuelo, y esto acontece algunas veces al día.

Del 13 al 14 de abril, durante la noche, sentí la presencia de angelito de la guarda. Quería ali-

viarme, levantar mi cuerpo para suavizar tanto dolor.

Del 14 al 15 de abril, él, el demonio, también estuvo aquí. Aquellas negras sombras que yo veía cuando tenía las cosas del demonio, andaban esta noche, abajo y arriba.

El día 16, hoy, siento que las aves ya no vienen acá abajo, en el vientre, arriba tienen más que escarbar (en los huesos). Ahora siento que las aves vienen al tronco, que está transformado en cenizas y las revuelven esperando encontrar alguna cosa que comer.

Como nada encontraran, van hacia el vientre y se juntan con muchas otras que ya están enterrando sus picos hasta ocultar sus cabezas.

Los miedos que sintiera en la crucifixión se transformaron en nostalgia. ¡Cuánto no había de costarle a Nuestro Señor estar con su santísimo Cuerpo en la Cruz si a mí me cuesta tanto estar acostada en esta cama!

Le dijeron: “Pero Nuestro Señor estuvo solamente tres horas, y tú estás así ya hace mucho tiempo!” Y ella respondió: “Nuestro Señor lo tenía todo herido y lo mío no lo está.

Había sentido tantas nostalgias por la crucifixión que recordaba que sólo se aprecia algo después de que se pierde. Si lo tuviese ahora, lo abrazaría en un abrazo eterno, sintiendo que nunca más desligaba mis brazos y quedaba así

eternamente. Recordaba: ¡si fuese ahora, como amaría la pasión y los tormentos de Nuestro Señor! Pensaba en mandar a buscar la ropa que usaba en la crucifixión, para verla, para besarla y abrazarla. Al ver la alfombrita sobre la cual pasaba los momentos de la pasión, dice: — ¡Déjame besar esa alfombra!

Y la besó.

La noche del 19 al 20 de abril, la Madrecita vino por dos veces junto a mí y las dos veces me acarició.

Al preguntarle si era linda, dice: “¡Era bella! ¡Oh, como era bella! ¡¿Cómo no he de querer ir al Cielo para verla eternamente?!...”

“¿Cómo iba vestida? — “Era luz, luz, la luz más brillante; vestía mantos de colores”.

Nunca pensé poder tener tantas agonías en el alma. Siento que eran lo bastante como para quitarme la vida, si Jesús no me sostuviese.

Me parecía que mi Padrecito sufría mucho y no me engañé. Días después, supe lo sucedido. Mis sufrimientos se doblaron. Esta vida divina que siento tener en mi corazón lo levanta a lo alto, cada vez más alto, para así recibir los últimos golpes. Es herido por todos lados, Me pinchan en todos los sentidos.

Las aves ya se comieron casi todo el vientre, ya las siento por los riñones. Mi cuerpo ya casi ni cenizas tiene. Me llevaron a la más alta montaña

y los vientos desparramaron las cenizas y fue en la mayor oscuridad que oí una especie de toque para reunir a todas las aves y entonces se posaron en mi cuerpo. Ahora van en las ancas. Puedo decir: mi alma está triste hasta la muerte, tan triste está que no hay nada en el mundo que la pueda alegrar. La cruz donde fui crucificada no existe, ya no siento mis pies apresados por los clavos.

Siento a mi alma como si fuese un cuerpo apresado de manos y pies, todo es oscuridad y donde no penetra la más pequeñita luz y donde no puede entrar las más pequeña bocanada de aire.

Me abandonó el Cielo y la tierra, ni mis cenizas respetan. Son los sentimientos de mi alma.

Ayer, la recibir la orden del Prelado para que fuera llevada para Coimbra a fin de ser observada por el doctor Elísio de Moura, me pasó por la mente: ¡Qué mal comprendido es el sufrimiento! Ciertamente sé que si experimentasen lo que pasa en mi cuerpo, cuando menos por unos momentos, no hablaría en el mundo quien se atreviese a traerme al conocimiento de tal cosa. Con los ojos puestos en el Cielo, pude decir: sea todo por el amor de Jesús. Él es digno de todo. Las almas todo se merecen, porque costaron la Sangre de Jesús.

La agonía de mi alma se prolonga, se agrava más y más. Sólo el Cielo puede poner término a todo esto. Nuestro Señor me acepte todo y sea

conmigo, porque sólo con él se puede vencer.
¡Qué amargura, qué amargura al no tener a mi
Padrecito para mi consuelo y mi luz!

27 de Abril 1942

Con toda mi confianza le pedía a Jesús morir en el primer viernes de mayo, para poder pasar el primer sábado en el Cielo. Al saber de todo el sufrimiento que pasó mi Padrecito para justificar su inocencia, ofrecí a Jesús, si eso fuese de su divino agrado, me diese más de trece días de vida y después ir a pasar el día de la Ascensión en el Cielo, sufriendo más tiempo para que Jesús así satisficiera mis pedidos.

Ese mismo día me dice Nuestro Señor:

— “Hija mía, dile a tu Padrecito que confíe plenamente en Mí. Mi divino Corazón es todopoderoso. Yo venzo y triunfo con Él. Yo lo amo y él nunca me ofendió”.

Un poco más tarde, Jesús volteó a decirme:

— “Dile al Sr. Padre Frutuoso que diga a tu Padrecito que Yo atiendo todo lo que me pide mi hijita y que tenga siempre en la mente que Yo tengo poder para mover el Cielo y la tierra”.

2 de mayo 1942 –Primer sábado

“¡Bienaventurados los humildes y perseguidos por el amor de Jesús! Esos son los elegidos del Señor y los santos de su divino Corazón.

Está casi concluida la misión en la tierra de la crucificada de Jesús. Le va a dar la muerte más encantadora, más llena de amor. Ven Jesús, ven María, ven José, venga toda la Trinidad divina. Vengan los Ángeles, vengan los Santos a conducir al Paraíso a aquella que tanto amó a Jesús en la tierra. Descienda el Cielo al cuartito de la heroína de Jesús.

¡Qué gloria para Portugal, para el mundo entero! ¡Qué alegría y triunfo para el Paraíso! Hija mía, dile a tu Padrecito que lo amo, que es el hijo predilecto de mi Compañía. Cuanto más lo hacen sufrir, más se irradia en él mi divino amor. Jesús va a conducir a la oveja perdida hasta su divino Corazón, Jesús no tarda. De él es el Cielo. La corona está tejida, es de espinas, abrigada con las piedras más preciosas.

Hija mía, dile al señor Doctor que el premio que le está preparado en el Cielo es el mayor que puede dar la medicina. El Corazón de Jesús está radiante con él por todo el cuidado y el esmero que ha tenido con la crucificada de Jesús. Siempre sentirá en la tierra su continua protección de la salvadora de la humanidad.

Hija mía, dile a tu hermanita, a tu Saozinha, que está cuidada por Jesús, guardada para siempre en su divino Corazón. Jesús será el premio, la recompensa de todos los que sufren con su benjamina. Jesús es todo para las almas que la aman y que son amadas por ella”.

Gracias, gracias Jesús mío. Recompensa a todos por mí, págales con tu divino Amor y permite que cuando yo esté en el Cielo pueda confortar a todos y los asista en sus necesidades.

Oh Jesús mío, reconozco que sois Vos, que no puedo separarme de vuestra divina presencia. Quisiera ir con Vos para el Cielo.

“Un poco más y el día llegará”.

3 de mayo 1942

¡Dios mío, Dios mío! El grito agonizante de mi alma se pierde en la montaña y no se oye en la tierra ni en el Cielo; digo esto repetidas veces con el pensamiento, mientras voy sintiendo como las aves me devoran los muslos y la agonía de mi alma, que no se puede explicar, aumenta al saber de tantas mentiras que dicen de mí y al sentir que quizá después de mi muerte todo esto continuará, siendo motivo de grande sufrimiento para los míos. Era mi deseo de que todas las mentiras muriesen conmigo.

Del 4 al 5 mayo 1942

Durante la noche vino repetidas veces la Madrecita, muy bella, vino a presentarse frente a mí, junto a mi cabecera, suavizando así mi dolor.

Esa misma noche, el Angelito de la Guarda moviendo sus alitas se inclina hacia mí, haciendo por aliviar mi cuerpo.

6 de mayo 1942

¡Tinieblas, tinieblas, negras y asustadoras tinieblas! ¡Cielo, Cielo, dame tu luz! Recibí golpes tremendos en mi corazón y siento que quedó tan abierto y tan destrozado que me parece que no tiene forma de corazón humano, con toda la fuente de sangre que brota con abundancia. Es la vida divina que brota y siento como la Humanidad bebe de esa fuente con toda la fuerza, con temor de que se agote.

El estado de mi alma se agravó después de saber lo mucho que hacen sufrir a mi Padrecito, pero no pierdo mi confianza de que Jesús ha de proclamar su inocencia.

Ahora siento como las aves nocturnas van a llegar a mis rodillas. Todo el cuerpo está casi en cenizas. ¿Y acaso no vendrá Nuestro Señor a buscarme?

7 de mayo 1942

Con la aflicción en mi alma, así decía:

¡Qué tristes y amargos son los últimos días de mi vida! Jesús mío, quita de mi amargura toda la dulzura y alegría, para que sean para Vos y para provecho de las almas.

8 de mayo 1942

No pudiendo más con el peso de las humillaciones, con la agonía y las negras tinieblas que sentía dentro de mi alma, porque todo acababa con la confianza que tengo en Jesús, yo me decía: Si aquellos que me quitaron a mi Padrecito experimentasen lo que es sufrir, me lo darían para mi consuelo.

Y secreteaba con Jesús: ¡Te juro que confío en Ti!

Y recordando que ya no tenía la crucifixión, sentía tan grande dolor en mi corazón que me parecía llorar lágrimas de sangre y recordaba que si fuese otra vez crucificada, eso sería bastante para aliviar el sufrimiento de mi alma.

¡Qué recuerdos, qué recuerdos, Jesús mío, al no tener ahora la crucifixión!

Las aves ya están abajo de las rodillas y siento en mi corazón que pierdo la vida divina. Voy cayendo lentamente. Todo desaparece en mí.

También siento como la humanidad ya no bebe con aquella fuerza que bebía, porque la sangre se va acabando.

El demonio tiene consumida mi imaginación, pretendiendo amarrarme a las cosas de la tierra, pero cuanto más hace por tentarme, más me eleva Nuestro Señor hacia Él.

12 de mayo 1942

Hoy la vida divina de mi corazón la comparo a una lámpara amortecida que a cada momento parece apagarse. Ya no nace la sangre, sino de lejos una gota, que ya mal se puede beber. Yo le decía así a Nuestro Señor:

Jesús mío, Madrecita, vean la aridez de mi alma, vean el abandono que ella siente del Cielo y de la tierra. Lancen sobre mí vuestra divina mirada de compasión. Acudan, acudan, no me dejen morir de susto en medio de las tinieblas. Mi alma está temerosa con los asaltos del demonio. Quiere acusarme y lanzarme al rostro todo lo peor que existe, presentando a mi vida entera como llena de engaños.

Jesús no me deja por mucho tiempo combatir las dudas, pero él, rabioso me llena de pavor. ¡Si pudiera tener siempre un sacerdote junto a mí! Es a mi Padrecito al que yo quiero, pues fue ese el que Jesús me prometió y es el que los hombres me quitaron.

Siento a las aves en mis pies, pero están enojadas por no encontrar que comer. Van revolviendo y revolviendo las pocas cenizas que me quedan. ¡Ay, el día más feliz de mi vida es el día de mi muerte!

14 de mayo 1942 –Día de la Ascensión

Quisiera decir cuanto ha sufrido mi alma, pero apenas puedo explicar lo que he experimentado. Horrorosos sufrimientos pasaron en mí. Nunca pensé que pudiera sufrir tanto. Hoy me siento un poco más aliviada, más redoblada mi confianza en Jesús y en la Madrecita, con más fuerzas para combatir el infierno que se ha sublevado contra mí. Mi corazón continúa como una lámpara apagada. De cuando en cuando va dejando unas gotitas de sangre que la Humanidad viene a aprovecharlas. Parecería que cada una va a ser la última. Siento que está preso en la vida divina con un pequeño hilo, comparado a un alambre finísimo que la más pequeña cosa puede partir.

En mi cuerpo ya no siento a las aves, parecería que ya no existe ni siquiera la más pequeña partícula de ceniza.

Siento que quien sustenta la vida de mi corazón es Jesús, sólo Jesús, me parece estar unida a la Patria Celeste por medio de aquel hilito.

¡Viva Jesús! ¡Viva María! ¡Viva la Santísima Trinidad a la que quiero tanto!

24 de mayo 1942

Jesús me suspendió mi crucifixión y me parece que suspendió mi vida. Sólo Él puede evaluar mi tristeza y nostalgia. No tengo el sufrimiento de

la cruz, ya no me siento dentro de ella, se me escondió por completo, pero tengo todavía una mayor cruz, son mayores mis sufrimientos. No puedo vivir en el mundo. El tiempo pasa, las horas me parecen siglos, los días y las noches son eternidades. Cuántas veces levanto mis ojos al Cielo para exclamar:

¡Jesús, mi querido y añorado Jesús! ¡Madrecita, querida y añorada Madrecita! ¡Santísima Trinidad, mi querida y añorada Trinidad, para quien sólo quiero vivir, a quien me entrego y a quien sólo quiero amar!

¡Pobre de mí! Digo que amo y no tengo corazón para amar, no tengo cuerpo sino para el dolor, soy como una bola de espuma que se deshace de prisa. ¡Qué tinieblas, Jesús mío, qué sequedad, qué amarguras, qué agonías las de mi alma!

El hilito de vida divina que estaba unido a mi corazón, a pesar de sentir que no lo tengo, aún está unido al lugar donde habita. Siento que a cada momento se quiere quebrar. La furia de la horrenda tempestad tiene todos los temblores. Del pequeñito lugar que ocupaba mi pobre corazón, salen de tiempo en tiempo unas escasas gotas de sangre. Y es ahora que siento que la pobre Humanidad necesita tanto de ellas, está sedienta y quiere chuparlas.

Jesús mío, no abandones a esta pobrecita que siempre confió en Ti y sigue confiando. A pesar

de que me siento perdida en las tinieblas, todo lo espero de Ti.

El demonio rompió todas las cadenas que lo ataban, cayó sobre mí. Sola lucho y combato su rabia.

¡Jesús, a cada momento me parece que te ofendo! ¡Mi querido Jesús, mi querida Madrecita, me quitaron a mi Padrecito en estos tristes días en que yo más necesitaba de él!.

Me siento abandonada por todos, excepto cuando te me das milagrosamente para consuelo de mi alma, lo que rara vez sucede! Perdona a todos los que me hieren, perdónales tanta ceguera, yo ya los perdóné.

En mi corazón ya no caben más espadas, ha sufrido por todos lados y a recibido sufrimientos de quien menos esperaba. ¡Jesús mío, para todos es vuestro perdón, vuestro amor y vuestra compasión! Purifica, santifica, incéndianos en vuestro divino amor y lleva junto a Vos sin demora a vuestra hijita agonizante.

El día 24 de mayo, día del divino Espíritu Santo, yo pedía toda la luz y todo el fuego de su divino Amor, de su Amor santificador, entonces el estado de mi alma se modificó, y ese día en la tarde yo decía: Ya no tengo vida de la tierra, sólo tengo cuerpo para el dolor.

A partir de este día dejé de sentir lo que hasta entonces sentía continuamente, que eran malo-

lientes serpientes llenas de toda la inmundicia, que entraban por la boca y salían arrancadas no sé por quien, haciendo recordar a los condenados del infierno, atormentados por los demonios. No podía oír el gorjear de los pajarillos al alba y al anochecer, a pesar de recordar que estaban alabando a su Creador. Sus gorjeos herían mi alma. No podía escuchar nada alegre. Mi sed era abrasadora, la nostalgia de alimentarme no sabía explicármela y todo esto me llevaba a la desesperación por sentir que era imposible saciar mis deseos. Entonces le decía a mi Jesús: Es por Ti que sufro, sacia Tu sed de amor, sacia la sed que tienes de las almas.

El día 25, notaron una diferencia en mí, sólo quería la transformación de mi alma. Dejé de sentir las grandes amarguras, tinieblas, sequedad y agonías, sólo de cuando en cuando y pasajerías, pero sentía grandes deseos de volar para el Cielo, llegando a sentir impulsos que me hacían levantarme, se me figuraba que tenía alas y levantaba el vuelo para el Cielo, teniendo entera confianza en Jesús y en la Madrecita y siempre conforme con su voluntad. En medio de todo esto, mi alma se siente en fiesta, tanto que llego a cantar con júbilo y alegría:

“¡Ver a Dios, ver siempre,
siempre a Dios: Eso es el Cielo!
Quien me diera ir para allá”, etc.

Me parece ir hacia la Patria Celeste, hacia mi Jesús, de pie, de brazos abiertos, a descansar en su divino regazo.

Ya que no puedo saciar mis deseos y añoranzas de los manjares de la tierra, suspiro, muero y ansío ir a saciarme de los manjares celestes y sólo estos me valen para la eternidad.

El hilo divino que une el lugar donde estaba mi corazón está listo a quebrarse, me parece que fue limado. Lo único que le ha valido es la tempestad que sólo de tarde en tarde le da unos pequeños temblores. Ahora sí puedo decir:

El Cielo está cerca, voy a ver a mi Jesús, voy a ver a mi querida Madrecita, voy a gozar del Paraíso, voy eternamente a amar a mis Amores. Dejo el mundo sin nostalgia, no le pertenezco, no soy de él.

“¡Estoy bien, muy bien de mi cabeza! El 27 de mayo, cuando asistía al mes de la Madrecita, tuve este presentimiento que no me dejaba en paz: Muero en mayo, viene la paz en junio. Mi Padrecito espiritual va a ser liberado y viene a asistirme en mi muerte. Moriré el sábado al atardecer, mi entierro será el martes, el primer día del mes de Jesús”.

Ignoramos la fuente de este añadido.

Probablemente en este período Alejandrina vive la segunda muerte mística. Padre Humberto.

31 de mayo 1942 –Fiesta de la Santísima Trinidad

Al caer la tarde, sentía que el hilito divino se quebrada del todo. En aquel estado del alma, estaba por ver lo que Jesús inventaría para mí con su ciencia divina, a no ser que todo acabase con mi muerte.

El martes siguiente, día 1 de junio, de mañanita, sentía que había fallado por completo el hilito que se prendía en el lugar de mi corazón, pero la ciencia de Jesús aún tenía algo más que dar. Poco tiempo después vi y sentí descender del Cielo hacia la tierra hacia el lugar de mi corazón, rayos más brillantes que el sol: parecían venir del Corazón de mi Jesús, uniéndose y reflejándose para siempre en el lugar de mi corazón. Tenía que embeberme toda en aquellos rayos de amor, los que de día en día me van embebiendo cada vez más, dejándome transformada en ellos. Esos rayos me van levantando de la tierra hacia el Cielo. Son un canal en el cual yo me tengo que transformar para pasar por dentro de él. Por él es que voy a Jesús.

Me siento elevada a una cierta altura de la tierra. Hay momentos en que no puedo resistir tantas nostalgias del Cielo. Espero dentro de poco ver a mi Jesús, con mi querida Madrecita y todos mis amores por quienes aspiro. Sin embargo, quiero que se cumplan toda las promesas de Jesús, quiero que me den a mi Padrecito, que

me quitaron en momentos tan amargos y sin que yo diera motivos para ello. Parece que sólo eso y la determinación de la consagración del mundo por el Santo Padre, me obligan a vivir todavía en la tierra, triste exilio que no puedo soportar.

4 de junio 1942 – Día del Cuerpo de Dios (Día de Corpus)

— No temas, hija mía, soy tu Jesús.

Quien lo posee y lo ama de veras no lo puede temer. Jesús quisiera que todos hablasen de las bondades de su divino Corazón, que hablasen con toda sencillez y amor.

Jesús, quisiera que todos hablasen de las bondades de su divino Corazón, de su ternura, de su compasión y de su perdón.

Jesús está loco por todos sus hijos.

Jesús los ama apasionadamente a todos y quiere darles los tesoros inagotables de su amable Corazón.

Jesús quiere ver a todos en su Sagrario y que lo amen y reciban con aquel amor y cariño que tienen las golondrinas con sus hijitos. ¡Qué pusilánimes son los que temen a Jesús y desconfían de sus bondades y de su misericordia! ¡El amor y la confianza son "el todo" para el alma que de veras ama y pertenece a Jesús!

— Jesús, yo confío plenamente en Ti. Atiende mis pedidos, ¿Quieres Señor? Y después, vienes pronto a llevarme para el Cielo, ¿Sí mi Jesús? ¡Qué deseos y añoranzas tengo de él! ¡Mi Jesús, yo no puedo vivir aquí, este exilio es aterrador!

— Jesús le va a alcanzar todo lo que pide a la loquita de la Eucaristía. Jesús no puede dejar de velar por el hijo predilecto a quien tanto ama. Jesús no puede dejar a su esposa en el abandono completo en el momento final. Jesús va a darle todo y va a darle el Cielo.

— Gracias, Jesús. Para siempre: ¡un eterno agradecimiento!

6 de junio 1942 – Primer sábado

— Hija mía, hija mía, Jesús anda como la avechita que no puede parar, que no puede descansar. Jesús anda loquito por pedir amor a todos los corazones. ¡Qué tristeza amar y no ser amado, amar y ser ofendido!

Pero sabe que la loquita del amor divino lo ama apasionadamente, lo ama así como lo desea Jesús, lo ama con el amor más puro y desprendido de todo lo que es de la tierra, es amor santo, es amor divino.

Fue por este amor que Jesús se enloqueció por su loquita, es por el amor de la loquita de la Eucaristía que Jesús se apasiona de las almas que lo aman.

Es por este amor tan puro que Jesús le va a dar una muerte de amor, amor, sólo amor.

Jesús está loco de alegría, Jesús está contentísimo con al Padrecito de su benjamina querida (*benjamina es la forma femenina de benjamín, el más pequeño de sus hijos (Biblia)*). Son las humillaciones por las que va a pasar las que han de glorificarle y exaltarle. El premio es grande en el Cielo y grande será también la recompensa en la tierra.

Jesús está loco, loco de alegría con el señor doctor, con el santo cuidado con que desempeña tan grande misión. Jesús lo escogió para velar por su crucificada y por las almas que ella más ama. El Corazón divino de Jesús está superabundante de gracias que quiere derramar sobre ellas. El mundo, Satanás las odia y continuará odiándolas.

Su causa es sólo la soberbia y el orgullo: sólo esa es la razón de su rabia. Sin embargo, Jesús las ama junto con su Madre Bendita, triunfa y vence con ellas, y eso sólo basta.

— Oh Jesús mío, defiéndelas siempre, ámalas siempre apasionadamente, triunfa y vence siempre con ellas. Llévame pronto para el Cielo para hacer descender sobre ellas vuestras gracias y vuestras bendiciones. Sí, sí, Jesús mío, confío en que así sea, mi Jesús.

— Está el Cielo más próximo de la loquita de Jesús de lo que está la tierra.

— ¡Llévame, llévame entonces para allá, sólo por eso suspiro!

6 de junio 1942, debían ser las 13 horas solares. (Una de la tarde)

Estaba Deolinda sentada a mi lado, dormía junto a mi cama, entonces vi cerca de mí la horrenda figura de Satanás, entre la cama y el espacio donde reposaba Deolinda. Satanás estaba montado en un perro oscuro, moteado de negro, y Satanás tenía las manos de un mono, con sus dedos separados, vestido de rojo; era un bulto informe, cabeza baja, ojos levantados para mirarme. No lo vi entrar ni lo vi retirarse; todavía me asustó y intenté llamar a Deolinda que, enferma de los dientes, dormía por efecto de una pastilla de Vernon y por eso no escuchaba mi voz. Creo que la llamé dos veces, pero después desistí de llamarla por sentir pena de perturbar su reposo. Entre tanto, Satanás desapareció.

9 de junio 1942 – por las 13 horas (Una de la tarde)

En algunos días precedentes yo oía unas armonías muy suaves, como toques de acordes de instrumentos celestes, ejecutando música angelical, y apreciando la dulzura de esa música divina, yo me olvidaba del mundo y de la vida terrenal, perdía la noción de mí misma y me parecía vivir en una región extraña donde todo es ventura inefable.

Fue entonces como el día 9 de junio, por las trece horas, se me apareció sobre mi cama, descendiendo del Cielo, la figura deslumbrante de la Madrecita, que pareció quedar enfrente de mí, un poco a la izquierda. Vestía ricos vestidos brillantes, de varios colores; tenía los pies desnudos, llegó hasta mí y me acarició con su mano derecha y apuntó hacia el Cielo. Parecía conmovida con mi sufrimiento, venía a prometerme la recompensa y a inspirarme confianza. El trono en que venía era brillantísimo, como el oro pálido en el que el sol proyecta sus más brillantes rayos.

Fue inefable el consuelo que me dejó su primera aparición. Por unos minutos había desaparecido para nuevamente aparecer ahora más cerca de mí, del lado derecho, y pude ver claramente que ahora era el Inmaculado Corazón de María. También me acarició como la primera vez, sin embargo, sin el gesto de apuntar hacia el Cielo. Su presencia me consoló profundamente y ese consuelo celeste permaneció en mi alma, que gozó por algunos días de ese alivio maravilloso. Este consuelo era como un imán que me elevaba hasta Jesús, sintiéndome entonces en la bienaventuranza.

12 de junio 1942 – Día del Sagrado Corazón de Jesús

En la tarde, por las 18 horas solares (6 de la tarde), vi nuevamente aquel haz de rayos celestes

que me habían visitado y que tanto me aproximaban al Cielo. Ahora era una nueva elevación, un nuevo consuelo y parecería que ahora me pusieran junto a la puerta del Paraíso, faltándome solamente tocar y entrar. Me dejaron unas ansias devoradoras del Cielo, que a veces me cuesta mucho soportar.

Me parecía tener dos alitas para volar y fuerza para hacerlo, pero alguna cosa estorbaba el movimiento de las alas, una presión sin prisión me tiraba, yo no la vencía, por eso me angustiaba. Tenía la impresión de que esa prisión (*sic*) de mis alas era alguna maldad de los hombres contra la voluntad de mi Amado, que suspiraba por recibirme y por poseerme en su amor.

27 de junio 1942

Oh mi vivir: ¡qué pequeñito soplo de vida! ¡Sólo el cuerpo para sufrir y nada, nada más! ¡Cuántas nostalgias del Cielo! ¡Qué ansias tan consumidoras! Los rayos divinos me arrastran hasta las puertecitas del Cielo, pero un no sé que de humano me obliga a vivir en la tierra, me obliga a la inmolación continua. No me dan a mi Padrecito. Pobre de mí, ya no puedo esperar más. Miro y remiro mi cuerpo para ver si aún existe. Lo que pasa en él sólo Jesús lo conoce. Me parece que no puedo tener unión con Jesús ni ir al amor que me ha de matar. ¡Oh, lo que es la vida de la víctima! Con todo, no me arrepiento de mi oferta a Jesús por las almas. Él derrama sobre

mí, de vez en cuando, los rayos de su amor. Fue en el dicho día 27, que era sábado, que yo, sin poder rezar, redoblaba mi esfuerzo por estar unida a Él en la Eucaristía, lejos de pensar en recibir de él su recompensa.

Jesús, yo soy toda para Vos y Vos sois todo para mí. Quiero estar siempre unida a Vos en todas las prisiones de amor

¡Qué maravilla! De repente, enfrente de mí vi un sagrario. La puertecita estaba cerrada, pero por todas las hendeduras de la puerta del sagrario salían numerosos rayos dorados, daban toda la luz y todos ellos venían a tocar y reposar en mi pobre pecho. No fue una ilusión mía, pues nunca pensé que Jesús me pagara con tanta generosidad mi gran esfuerzo.

4 de julio 1942 - Primer sábado

— Sol brillante, sol esplendoroso será aquel que se va a reflejar en el mundo. Los hombres no quieren dejar que se refleje su brillo. ¡Hay de ellos, pobres de aquellos que se oponen frente a los caminos del Señor! Jesús se consuela y alegra en sus almas tan amadas. Jesús se deleita en el armiño de las almas puras. Los rayos del amor divino forman sobre ellas una aureola brillante y encantadora que atrae para sí al mundo y a los corazones. Los que se dicen amigos de Jesús no conocen a sus esposas, las almas. Jesús está descontento con la mayor parte de sus dis-

cíbulos: no tienen luz, no la buscan, no saben, no procuran saber. Se lanzan como Satanás, a echar por tierra las obras del Señor. Desvían de sí mismos las bendiciones divinas y toda la protección de la Virgen María.

La Madrecita celeste está preparada para venir a buscar a su hijita para llevarla junto a ella. El premio es brillantísimo.

El dolor del Padrecito de la loquita de Jesús le ha dado toda la gloria y el triunfo al Cielo. Pobres de aquellos que así lo han hecho sufrir. Jesús no deja nada sin recompensa.

Jesús da toda la gracia y amor al médico del alma y al médico del cuerpo de la loquita de la Eucaristía. Jesús será todo y de todo para ellos.

27 de julio 1942

¡Los hombres vuelven pesada y triste mi vida en la tierra! Oh, triste no, déjenme decir: todo lo que es soportado por amor a Jesús y a las almas es alegre y consolador. ¡Pobres de aquellos que se oponen a la voluntad de Jesús!.

Fui subiendo, subiendo lentamente y muy herida con los sufrimientos que los hombres me inventaron. Subí y tuve que suspender el viaje a las puertas del Cielo. Es allí donde me encuentro parada hace largos días, al aparecer una aberturita, comprendí que era la entrada al Paraíso. Sin embargo fue tal la prisión que los hombres me hicieron que tengo que tardarme

por un largo espacio de tiempo. ¿Hasta cuando? Sólo Jesús lo sabe. Yo confío y espero en Él. Mis vuelos están presos fuertemente y sólo Jesús los puede desprender, sólo Él puede transformar los corazones de los hombres que nada comprenden y no sé lo que juzgan sobre mí. Es dulce amar y seguir a Jesús, pero, ay de mí si Él me abandona un solo momento. Él me dio la señal de que todo se había completado en la tierra. Era de noche, pero tengo la certeza de que no dormía y estaba perfectamente en mi juicio.

Aparecieron frente a mí dos Ángeles: ¡Qué bellos eran! ¡Sólo podían venir del Cielo! Uno tenía en sus manitas una coraza brillante y toda completa, y el otro una grande palma de martirio. Todo esto le dio consuelo a mi pobre alma.

Me animé al ver que Jesús me mostraba que mi misión en la tierra estaría terminada, pero por más que me esforzase por desprenderme de estas prisiones terrenas, no lo consigo.

Esperaré a que Jesús me suelte, pidiéndole siempre por aquellos que me aprisionan. ¡Pobrecitos! No comprenden la grandeza de Él en las almas. He de sufrir por ellos. Si no fuese por los sufrimientos causados por ellos, no podría dar tanta gloria a Jesús y salvar las almas para Él.

¡Qué grande dolor verme tan cerca del Cielo! Querer entrar y no poderlo hacer. Muchas veces me cuesta contener las lágrimas. Me parece mo-

rir de nostalgia. En la tierra no tengo vida, ni nada que me satisfaga. ¡Sólo el Cielo, sólo el Cielo!...

Sólo el Cielo será mi vida, sólo en el Cielo serán satisfechas mis ansias. ¡Que bello que es! Quisiera que todos en la tierra lo conocieran, pobres de aquellos que desprecian a Jesús y siguen a Satanás.

1 de agosto 1942 – Primero sábado

– El Corazón de Jesús con su Santísima Madre se alegran y se llenan de regocijo con los sufrimientos de la loca, loca de Jesús, de la crucificada del calvario y con los sufrimientos de su Padre espiritual, que lo ha sido y lo será por toda la eternidad. ¡Qué meses de tanta honra y gloria para el Cielo! Las almas esposas de Jesús, las almas martirizadas, se inmolan por Jesús y por las almas... Jesús y María ansían ver brillar en el mundo entero este farol resplandeciente. Los hombres intentan apagarlo y destruirlo, pero es en vano. Jesús, escondido en su víctima, se somete a sus falsos juicios. Jesús, escondido en su víctima, se sujeta a la voluntad de su Padre espiritual y del médico de su loquita. Todo lo que hicieran para gloria del Altísimo, Jesús lo acogerá bien.

Nada sería necesario, Jesús mismo no lo querría si los ciegos quisieran ver. ¡Qué ceguera y crueldad! Sujetan a los mayores martirios a las almas

más amantes de Jesús. Las llevan a las más grandes humillaciones, llevan a aquellas que son las pupilas más queridas de los ojos de Jesús.

Jesús, Rey de Amor, ha vencido y siempre vencerá. Ama con toda la locura de amor a las almas que aman y rodean a su crucificada. Son bellos los designios de Jesús. Todo es encantador, todo lo que deja transparentar a través de su amada.

— ¡Jesús mío, que grande es vuestro amor para conmigo! Dame todo el valor que necesito, dame tu amor infinito y llévame para mi Patria. Soy del Cielo y no de la tierra, soy vuestra y no del mundo.

— Pronto va el Cielo a gozar de ese gran triunfo, a ver entrar en él a la mayor heroína de la humanidad.

— ¡Gracias, gracias, mi Jesús!

15 de agosto 1942

— Es con los lazos más firmes y del más puro amor que Jesús ata su divino Corazón y el del de su Santísima Madre a su loquita de amor, a la víctima de la mayor inmolación, la mayor alegría y gloria del altísimo que tiene y podrá tener en la tierra.

Es con los mismos lazos de amor que Jesús prende a sus divinos Corazones al Padre espiri-

tual de su benjamina, al médico, y a las almas amadas que se sacrifican por ella.

Las predilecciones de la heroína del calvario son las predilecciones de Jesús. Jesús ama apasionadamente a su benjamina, más que a las pupilas de sus ojos. Va a darme el Cielo, va a darle todo la gloria y todo el amor para que ella lo distribuya en las almas.

— ¡Oh mi Jesús, son tan dulces vuestras caricias y las de vuestra querida Madrecita!

— Es la recompensa de tanto dolor y de tanto martirio, es la locura de amor que Jesús y la Madrecita tienen por su crucificada. Es con el mismo amor que Jesús y María aman y se dan a las almas amantes de su loquita.

La Santísima Trinidad se inclina, el divino Espíritu Santo extiende sus rayos, los irradia sobre este cofre riquísimo del Santísimo Corazón de Jesús.

— ¡Gracias, gracias, mi Jesús!

26 de agosto 1942

No cuestan nuestras ofertas a Jesús, decirle que todo el cuerpo es de Él, decirle: Soy tuya para el martirio y para la cruz. Pero cuando se sienten los rigores de su divina Justicia, cuando da señal de que tomó en serio y utilizó nuestro frágil instrumento para salvar al mundo, es de morir.

¡Qué tremenda y aterradora es la Justicia divina!

El día 21 de agosto, que era viernes, Jesús vino como de costumbre a desahogarse conmigo, aun llenándome con sus dulces y tiernos cariños. En este día su bondad infinita no quiso dispensarnos. Tenía que sufrir, tenía que experimentar lo que el Padre Eterno reservaba a un mundo culpable, pero sobre todo a Portugal.

Sentía que todo estaba ardiendo, todo en ruinas. Eran tales las llamaradas que incendiaban Portugal y no dejaban piedra sobre piedra, no se podía descubrir ni el mayor edificio. Con todas las quejas de Nuestro Señor, con todo el peso de la Justicia divina, me quedé asustadísima durante dos días y dos noches. Repetidas veces todo mi ser se estremecía de miedo. Las llamaradas continuaban y yo me sentía en medio de toda esta destrucción. Era imposible poder resistir este sufrimiento, si se prolongase por mucho tiempo y si Jesús no tuviese atenuante para él.

Lo que voy a describir no juro que fue realidad, si bien me parece que podría jurar.

Debían de ser las cuatro de la mañana, cuando se formó sobre mí un Paraíso. Estaba formado por ángeles hermosísimos, brillantes como el oro. Sólo veía cabecitas y alitas, volaban continuamente, mirándome con sus ojos brillantes. Comprendí que aquel batir de alas era para lle-

varme al Paraíso. Mi alma sintió tanto consuelo que me hizo salir fuera de mí. Ya no sé que me sostenía en el aire. Desde entonces, todo ese miedo a las amenazas del Señor se fue suavizando, el brillo de los ángeles, aquel batir de las alas vence todo lo que es dolor, todo lo que amenaza al mundo y a Portugal. ¡El Cielo puede más que la tierra! ¡El amor de Jesús es más fuerte que su divina Justicia!

Mi alma me obliga a describir todo esto, dejando al juicio de mi Padre espiritual si esto fue sueño o ilusión mía o fue la verdadera realidad. Me parece que no dormía y este consuelo que sentí solamente puede venir del Cielo. Fue un remedio divino

5 de septiembre 1942 – Primer sábado

– El dolor de las almas amadas y víctimas de Jesús son su gloria, son su triunfo. ¡Cómo es sublime, cómo es bello el camino de los elegidos del Señor! La crucificada de Jesús sufre con las almas que la rodean, pero vendrán días y no lejanos, donde todo el dolor se transformará en alegría.

Jesús se alegra, Jesús se consuela con los que sufren. El dolor es la mayor prueba del amor de Jesús para el alma y del alma para Jesús. El dolor es la salvación de los pecadores.

– Jesús, ¿mi martirio ha salvado muchas almas?

— “Millares, millares ; pronto lo verás, loquita de Jesús.

— Jesús, ¿el Padre José era aquel de quien hace mucho te habías quejado conmigo y por quien yo sufría, se salvó?

— Era, era, mi loquita. Está salvado, pero está muy al interior del Purgatorio. Necesita oraciones, muchas oraciones. Ofendió mucho a Jesús, pero también fue grande su arrepentimiento, su dolor. ¡Qué gran dicha para la crucificada y esposa de Jesús, darle las almas que tanto lo maltrataban y herían!

— ¡Bendito sea todo el dolor que me das, bendito sea el remedio de las almas!

— Escucha, hijita amada. En nombre de Jesús afirma, jura a tu Padrecito que él es locamente amado por Jesús y por María. El amor de Jesús sobrepasa todos los abandonos de los hombres.

Los hombres están ciegos, pero tiempos vendrán en que llorarán su ceguera. Jesús reina, Jesús triunfa, Jesús no consiente que su hijo predilecto desista de su puesto. Será siempre en el tiempo y en la eternidad el Padre espiritual, el guía y la luz de la loquita de Jesús.

Jesús le pide al médico de su crucificada que ruegue al Señor Arzobispo para que haga que su causa triunfe, que haga que el mundo sea consagrado al Inmaculado Corazón de la Virgen Madre.

Que escuchen la voz de Jesús, que se apresuren a salvar al mundo, a salvar a Portugal.

Jesús ama al Doctor Azevedo y derrama sobre él todas las gracias divinas y su Amor. Que vengan los estudios si así lo quieren, pero sin mucha demora, porque el Cielo se aproxima.

— Jesús, gracias por tus caricias y las de la Madrecita que me tiene en sus brazos, me besa y me acaricia dulcemente.

20 de septiembre 1942

Triunfa en mí, Jesús mío.

Siento que se va abriendo el camino, que tan amargamente he seguido y que lo he seguido solamente por vuestro amor y por las almas.

Ya casi puedo entrar en el Cielo, a costa de mucho dolor va pasando la tempestad. ¡Qué aguacero tan fuerte! ¡Qué furia, que furia que tanto ha herido mi pobre corazón!

Bendito seas, mi Amor, bendita sea tu mano santísima que va desviando de mi camino todo aquello que me estorba para poder seguir.

Siento que el Cielo está abierto casi de par en par para recibirme. Mi Jesús, ¿ya puedo entrar?

No sé en que estado estará ahora mi alma. Parecería que me siento entre el Purgatorio y el Cielo, la mayor parte del tiempo no siento ni grande dolor ni grande gozo. Con todo, en algunos

momentos, ay de mí, mi Jesús, me veo en cenizas ante el abismo, sin tener nada que me sostenga, siento que voy a caer en él. Y después, vienes tú a librarme de tan grande horror, me amparas, me desvías de él. Y de nuevo, estoy confiada sólo en el amor de vuestro santísimo Corazón, vuelvo a vivir de la esperanza.

No caigo, Jesús me ampara, Jesús me sustenta. Y, Loquita por vos, me lanzo en vuestros divinos brazos y siento que Vos, con todo el amor, me estrechas y me acoges. Con Jesús, toda la amargura es dulce, todo el dolor se torna suave. ¡Ah, si todos conocieran el amor de Jesús!...

30 de septiembre 1942, después de la Sagrada Comunión

Sentí que Jesús unió sus divinos labios a los míos, así como unía también a mí su divino Corazón, abriéndose de par en par para que toda yo lo reciba y me dice:

— Hija mía, labios con labios, corazón con corazón, amor con amor para que se abrasen como uno solo en el fuego divino.

Hija mía, te tengo pedida toda la reparación, te pedí por último la reparación de la gula, no te pediré más.

¡Soy tan ofendido! Roban, pisotean con sus pies el alimento de los pobres. Las ansias que tienes de alimentarte son las ansias que los pecadores tienen de satisfacer sus apetitos, sus pasiones.

La nostalgia que sientes de la alimentación es la nostalgia que yo tengo por poseer a las almas. Todo termina, pero no como mis breves acercamientos.

¡Qué grande es tu gloria! El mundo no te comprende, alégrate, también no me comprendían a mí y todavía muchos no me comprenden.

3 de octubre 1942 – Primer sábado

— Jesús está compenetrado de profunda amargura e tristeza con los pecados del mundo. Sangra, sangra continuamente. ¡Qué seto de espinas, que mar de dolores en su divino Corazón!

Pronto, pronto sea la Consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María.

Jesús ya no pide, pero si recuerda a los hombres sus divinos deseos.

Jesús ya no pide, pero indica a los hombres los medios, el camino para salvar a la humanidad.

Pronto, pronto, que se consagre al mundo como su Reina. Entonces vendrá la paz, alumbrará el sol en toda la humanidad.

Jesús no falta a lo que promete. Jesús triunfa y brilla en las almas con su brillo y sol divino: Jesús se regocija y se alegra con las almas víctimas.

Jesús se regocija y se consuela con las almas que lo aman.

Pronto, pronto, vengan a Jesús, es Él quien los llama.

Jesús quisiera infundirse en las almas y en sus corazones, ser en ellas fuego, fuego, sólo amor.

Jesús quiere, hoy más que nunca, darse a conocer a todos sus hijos.

Y por la loquita de la Eucaristía, por la crucificada del Calvario es que Jesús es y será a través de los tiempos muy conocido y amado.

— Mi Jesús, son mis deseos. Qué yo no tenga un momento en mi vida en que Vos le des una negativa. Reina y reina siempre en mi pobre corazón.

— No eres pobre, hija amada, no eres pobre, hija querida.

Tienes el brillo, la candidez del lirio y de la azucena. Eres riquísima, posees la riqueza divina. Eres el encanto y los atractivos de la Trinidad divina, eres la gloria de la Corte celestial.

— Jesús mío, si así es, como lo creo, todo el brillo y la belleza son vuestras, toda la riqueza os pertenece. ¡Yo soy pobrecilla, yo son nada!

— Hija, escucha. Dile a tu Padre espiritual que el Corazón divino de Jesús esta abierto para él, que lo ama loca y apasionadamente. La prueba más clara que Jesús le da es hacerlo pasar por tan grandes humillaciones y sufrimientos, que tanto lo asemejan a Mí.

Di a tu médico, dile a esa gran alma, dele a ese difundidor de mi luz divina y de amor en los corazones, que yo tanto amo y tanto más amaré cuanto más él cuide de mí y de mi causa. La obra es de Dios y Dios siempre triunfa y triunfará.

— ¡Gracias, gracias, gracias mi Jesús!

7 de noviembre 1942 – Primero sábado

— Alégrate, hija amada, alégrate, hija querida, alégrate con Jesús y con tu Madrecita querida, alégrate porque están realizados los deseos de Jesús!

Alégrate porque vienen grandes bendiciones para esta tierra culpable.

Hija mía, hija mía, atractivo mío, encanto de mis ojos: Jesús tiene en su loquita la mayor alegría del mundo.

Jesús ve en su benjamina todos los encantos de su divino Corazón. Y es porque Jesús se sirve de ella para que sea su canal divino. El mundo, por medio de la crucificada del calvario, recibe todas las gracias y el amor de Jesús.

Hija mía, dile a tu Padre espiritual, a aquel escogido por Mí para que sea tu luz, que mi divino amor se extiende sobre él con la mayor abundancia, que él hace en todo mi divina voluntad.

Sí, sí, Jesús esta contentísimo con él y disgustado con aquellos que lo hacen sufrir siendo inocente.

Hija mía, dile, dile a tu Padre espiritual, a aquel que escogí para que te guíe hasta Mí, dile que le diga al Santo Padre que la promesa ya está hecha, que irá directo de la tierra hasta el Cielo, no pasará por el Purgatorio.

Es el premio por cumplir la voluntad divina, tendrá toda la luz del Espíritu Santo, no irá nunca contra la voluntad divina, tendrá luz para hacer la voluntad divina durante todo su reinado en la tierra.

Jesús está contentísimo con él, grande premio recibirá de Jesús por su loquita de amor, cuando ella esté en el Cielo junto a su trono.

Jesús va a llevar a su amada para el Cielo.

Jesús va a hacer que los hombres terminen la guerra.

Hija mía, dile a tu médico: no puedo dejar de tener con él las mayores pruebas de amor, por haber sido el amparo, el brazo firme de la causa divina, en momentos en que los hombres trataron de destruirla. la causa de Jesús no cae, se levanta cada vez más.

Triunfo, triunfo, amor, amor, amor. Es lo que cae sobre la loquita de Jesús, sobre los que la rodean y aman y por quienes ella intercede, amor, amor, amor sin fin.

— Mi amado Jesús, estoy confundida, humillada, abatida. Nada más sé decir; perdóname mis faltas; te digo a ti, unas eternas "gracias"

Danos la paz, alcánzame todo lo que te pido, Jesús mío.

5 de diciembre 1942 – Primer sábado

— ¡Bella, bella, pura, eres el encanto de Jesús! Está próximo el noviazgo eterno, las nupcias celestiales. Están casi realizadas todas las profecías de Jesús.

Vino el loquito de su loquita a llevar a su amada. Ha llegado la hora de la luz, ha llegado la hora del rescate.

Hija mía, dile, amada, dile a tu Padrecito: estoy loco de amor por él y con él voy a triunfar. Ha llegado la hora de que tome su puesto, es llegada la hora de que los hombres lo dejen hacer mi voluntad divina.

Dentro de poco termina la guerra; van a ser días de gloria y de triunfo. Hijita, hijita, ¡Mi bendita Madre y Yo estamos loquitos de amor por ti! Estamos locos por aquellos que te aman y que te amparan. ¡Tienen mucho espacio en nuestros amantísimos Corazones!

Hijita, dile a tu Padrecito, que su sufrimiento está escrito en el Cielo con letras de oro.

Hijita, dile a tu médico que lo amo, que cuido de él y de los suyos como él cuida de ti y de mi cau-

sa. ¡Le ha dado un gran consuelo a mi divino Corazón!

Hijita, toma mi amor, repártelo a los que te son queridos y diles que ese amor es el mío.

— Gracias, mi Jesús. Dame esa inmensidad de amor, nunca me cansaré de repartirlo sobre la tierra.

13 de diciembre 1942

En la mañanita del día 13, cuando estaba rezando una Avemaría a la Madrecita, junto con jaculatorias por varias intenciones, vi a la Madrecita de Fátima en tamaño natural, elevada a gran altura y suspendida en el aire. Abajo de ella había un universo de pueblo para quienes se inclinaba y miraba con todo cariño. Mi corazón parecía no caber en mi pecho, ¡latía con tanta fuerza! Me sentí atraída hacia Ella, me pareció que salía fuera de mí y era transportada a otra región y ya no vivía en la tierra. No sé cuanto tiempo me demoré allá.

25 de diciembre 1942 – Una hora de la noche

Después de hacerle mis pedidos a Jesús — ¡Y tenía tanto que pedirle! — Le dije:

No te pido verte en el pesebre, porque estás en el pesebre de mi corazón, pero sí pido que me alcances lo que te pido, y Él se dignó decirme:

— Hija mía, hija mía, siempre firme en tu fe, siempre firme en tu confianza, Jesús no te engaña y tú no te engañas de que es Jesús. Los confundidos son los que te hacen sufrir. La hora del triunfo no tarda. Tus fiestas están concluidas en la tierra, vas a verlas en el Cielo con todo el brillo, con todo el amor.

El Cielo está abierto para ti, mi amada, ya casi puedes entrar. Recibe todo el amor y toda la gracia del Niñito Jesús con todo el derecho de que lo distribuyas a aquellos que te rodean, que te aman, que te son queridos.

— Jesús mío, quisiera tener palabras para agradecerte cuan digno eres, pero no sé, quisiera darte toda honra, gloria y amor, quisiera decirte todo. Como nada sé, apenas te digo: Gracias, para siempre agradecida, mi Jesús.

Al finalizar la Sagrada Comunión

— Confía, confía, hija mía, te doy a tu Padrecito. Ten en cuenta la reparación y consuelo que das a mi divino Corazón. Yo vencí al mundo y venzo en los corazones de los hombres.

30 a 31 de diciembre 1942

Por las una y treinta horas estaba bañada en sudor, sentía dolores agudísimos en todo mi cuerpo: no podía descansar. A veces sentía la necesidad de dormir y grande cansancio en mi cabeza. Como no podía dormir le decía a Jesús: Amor mío, goza cuando sufro. Acepta mis dolo-

res para reparar lo mucho que eres ofendido y también es ofendida la querida Madrecita. Sea todo por vuestro amor y por los pecadores.

Así iban pasando las horas unida a Jesús Sacramentado y a toda la Santísima Trinidad. Me sentía feliz en mi dolor.

De repente, sin yo pensarlo, descendieron sobre mi cama dos angelitos muy lindos, batiendo sus alas, Al frente se abrió, como si fuese la bóveda del Cielo: ¡Qué lindo! ¡Qué lindo! Una paloma blanca en las mayores alturas dejaba caer muchos rayos de luz.

Más abajo, en un trono, estaba Jesús sosteniendo en su mano una gran cruz. Era bello y bella era la cruz. Era cruz de redención.

A su lado estaba la Madrecita, sentada como Reina.

Alrededor había un gran número de personas, vestidas de forma diferente.

¡Qué bello era todo esto!

Al contar estas cosas, me dice mi hermana:

— Vale la pena sufrir todo esto: dolores, sudores, angustias del alma, para gozar cosas tan bellas, aunque breves momentos

¡Qué riqueza es el Cielo! ¡Si todos lo conocieran! ¡No ofenderían a Jesús, al menos por el deseo de ir a gozar el Cielo!

Sin embargo, este gozo fue para vos, mi Jesús. Habiendo pasado pocos momentos, ya empezaron a atormentarme las dudas. ¿Me engañaría? ¿Sería ilusión mía? Dios mío, no quiero engañar a nadie....

INDICE

Sentimientos del alma 1942.....	1
Una carta a Jesús.....	1
SENTIMIENTOS DEL ALMA.....	7
20 de Febrero de 1942.....	7
27 de Febrero de 1942	9
6 de Marzo de 1942.....	14
7 de Marzo 1942.....	19
13 de Marzo 1942.....	21
20 de marzo 1942	26
27 de marzo 1942.....	31
3 de Abril 1942.....	36
27 de Abril 1942.....	42
2 de mayo 1942 –Primer sábado.....	42
3 de mayo 1942	44
Del 4 al 5 mayo 1942	44
6 de mayo 1942.....	45
7 de mayo 1942	45
8 de mayo 1942.....	46
12 de mayo 1942	47

14 de mayo 1942 –Día de la Ascensión	48
24 de mayo 1942	48
31 de mayo 1942 –Fiesta de la Santísima Trinidad	53
4 de junio 1942 – Día del Cuerpo de Dios (Día de Corpus)	54
6 de junio 1942 – Primer sábado	55
6 de junio 1942, debían ser las 13 horas solares. (Una de la tarde)	57
9 de junio 1942 – por las 13 horas (Una de la tarde).....	57
12 de junio 1942 – Día del Sagrado Corazón de Jesús.....	58
27 de junio 1942.....	59
4 de julio 1942 - Primer sábado	60
27 de julio 1942.....	61
1 de agosto 1942 – Primero sábado	63
15 de agosto 1942.....	64
26 de agosto 1942	65
5 de septiembre 1942 – Primer sábado	67
20 de septiembre 1942	69
30 de septiembre 1942, después de la Sa- grada Comunión	70
3 de octubre 1942 – Primer sábado	71

7 de noviembre 1942 – Primero sábado ...	73
5 de diciembre 1942 – Primer sábado	75
13 de diciembre 1942	76
25 de diciembre 1942 – Una hora de la noche.....	76
30 a 31 de diciembre 1942.....	77
INDICE.....	81

**Reims,
30 de septiembre 2012
Deo gratias**